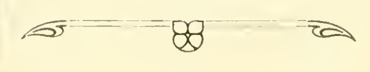




JOSE M. ACEVEDO



LO DICE LA COPLA

COMEDIA DRAMÁTICA EN TRES ACTOS



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1920

LO DICE LA COPLA

LO DICE LA COPLA

COMEDIA DRAMÁTICA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

JOSE M. ACEVEDO

Estrenada con grandioso éxito en el COLISEO IMPERIAL el día 27 de Abril de 1920

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°
TELÉFONO, M 551
1920

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARIA LUISA (30 años)...	Gloria Torres.
PILAR (20 íd.).............	Guadalupe Muñoz Sampedro.
DOÑA ELENA (65 íd.).....	María Comendador.
ENRIQUETA (30 íd.)	Blanca Alonso de los Rios.
TOÑA (40 íd.)..............	Mercedes Orejón.
ROSA (20 íd.)..............	Mercedes Muñoz Sampedro.
PABLA (20 íd.)....	Milagros Olmedo.
DON FELIPE (65 íd.)......	Manuel Vigo.
EDUARDO (45 íd.).........	Constante Viñas.
PEDRO (20 íd.).....	Manuel Soto.
JULIO (20 íd.).............	Luis López Brasal.
MARIANO (50 íd.).........	Francisco Cejuela.
DON TOMÁS (50 íd.).......	Manuel Molina.
EL NIÑO BONITO........	Maximino Fernández.
EL CHINITA.............	Carlos Dulac.
EL CASCARRIAS.........	Julián Pérez de Avila.
EL CURA....	Carlos Dulac.
MOZO 1.º....	Julián Pérez de Avila.
MOZO 2.º.............	Tomás Hurtado.

Señoras y señores del pueblo, mozos etc. etc.

La acción en un pueblo de Aragón.—Epoca actual.

Los actores que interpreten los personajes del *Niño bonito* y *El chinita*, deben hacerlo con marcado acento andaluz.

Los trajes que *María Luisa* y *Pilar* visten en el acto tercero, deben ser iguales o muy parecidos de color.



MANUEL VIGO en su papel de DON FELIPE



ACTO PRIMERO

Estamos en un pueblo de Aragón y en el zaguán de una casa de ricos labradores. En el lateral derecha, primer término, hay un dintel en arco que divide la estancia del portal. En segundo término, una puerta con un escalón en su umbral. Al frente, una gran puerta, por la que se ve el huerto que suelen tener estas viviendas. A la izquierda, en segundo término, otra puerta igual a la del lado opuesto. En primer término, se ven los primeros peldaños de una escalera con baranda de madera, que conduce al piso superior.

Del techo, formado con vigas de vieja madera y blancas bobedillas, penden ristras de hojas y frutas secas. Por la escena, una mesa, varias sillas de enca y amplios sillones de mimbre Colgadas en la pared del frente, hay unas cuantas jaulas con pájaros, cuyos armoniosos trinos alegran la estancia, formando todo ello un conjunto tan agradable que sólo a su vista hace que se respire en un ambiente de tranquilidad y bienestar.

Son las ocho de la mañana de un caluroso dia del mes de Julio. Los rayos de un sol abrasador caen sobre el huerto formando contraste con la penumbra que reina en el interior.

—

(Al alzarse el telón, DON FELIPE se halla sentado en un sillón leyendo un periódico. Dentro, se oye el constante machaqueo de un almirez. Pausa. En el huerto se oye la voz de PEDRO que entona una copla.)

PEDRO (Dentro.)

Por mucho que uno la guarde
si la mujer no se presta,
estará tan segurica
como el agua en una cesta.

(Antes de terminar la copla, que deberá oirse perfectamente, aparece en la escalera DOÑA ELENA, que baja malhumorada y refunfuñando.)

ELENA — Y dale.. Todo sea por Dios... (Se dirige hacia el huerto, quedando en su puerta.) ¡Chits! ¿Callarás, condenáu? ¡Chits! Pedro...

PEDRO — (Dentro.) Mande usted.

ELENA — Que calles. ¡Lástima de anginas! ¡Mira, pues la otra! (Va hacia la puerta izquierda, que es donde se supone la cocina.) ¡Pilar, Pilar! (Cesa el almirez.) A ver si haces el repijotero favor de callar tú también.

FEL. — Pero, ¿aún duermen?

ELENA — Por lo visto. Al menos no han dado señales de vida.

FEL. — Ni tú tampoco. Porque hace una hora que estoy diciendo que me deis de almorzar, y... como si tocaran a maitines.

ELENA — Será por el rato que hace que te has levantado tú también.

FEL. — Y qué tiene eso que ver con mi estómago, que está como si me lo radieran.

ELENA — Bendito sea Dios. ¡Qué hombre! No piensa más que en comer.

FEL. — Al cuerpo hay que darle lo que pide.

ELENA — Pues si al tuyo se le diera todo lo que pide, habría que hacerte lo que a las mulas: Colgarte del cuello un saquico con el pienso para todo el día.

FEL. — Y a tí habría que colgarte también, pero de la lengua pa'que no charraras tanto, ¡rediez! ¡Pues sabes que te has levantado hoy con un geniecico, que no hay quien te aguante!

ELENA — Mis motivos tendré. (Pedro empieza otra copla.) ¡Otra vez! (Va hacia el huerto llamando a Pedro, que entra en escena.) Pedro, Pedro.

PEDRO — (En mangas de camisa, como entregado a sus faenas.) Mande usted.

ELENA — ¿No te he dicho que calles?

PEDRO — Sí, señora.

ELENA — Y buen caso que haces.

PEDRO — Es... es que... no lo he oído.

ELENA — Lo que yo dijera, debías oir.

PEDRO — No se enfade usted, doña Elena, pero... es que estoy más contento... ¡más contento!...

ELENA — Tú siempre estás igual.

PEDRO — Pero hoy más que nunca.

ELENA — ¿Y por qué es ello?

PEDRO — ¡Otra! Demasiáu lo sabe usted. Lo primero, porque ha venido el señorito Eduardo; y después, porque le ha dicho Pilar lo de

nuestras relaciones y que le han parecido muy bien; y... que sería padrino de nuestra boda; y... y que... que... ¿le parece a usted poco? ¡Si estamos más contentos!...

FEL. Mucho; muy contentos todos, pero yo en ayunas.

ELENA ¡Bendito sea Dios! Siempre con la tragazón. (Dirigiéndose a la cocina.) Pilar, dale de almorzar pronto a tu tío, que el pobre está con el estérico.

PILAR (Apareciendo en la puerta de la cocina.) Cuando quiera. Hace rato que está preparado.

FEL. (Levantándose rápidamente.) Pues ya podías haberlo dicho.

(En la puerta del portal aparecen DON TOMÁS y su hijo JULIO. Este viste de cadete, con uniforme de verano.)

TOMÁS ¿Se puede?

FEL. (Que no puede disimular su contrariedad al ver que la visita le impide almorzar.) Hola, don Tomás. Pase, pase sin miedo, que no hay perro.

TOMÁS (Avanzando.) Buenos días.

JULIO (Idem.) Buenos días, mi respetable doña Elena; salud, señor alcalde.

ELENA Tanto de bueno por esta casa.

JULIO Lo bueno lo hallamos en ella.

FEL. Mira, dejaros de cumplidos y vamos adentro, que a tiempo llegan de acompañarme á echar un bocadico y un trago.

JULIO ¡Oh! Muchas gracias y que de salud sirva, pero acabamos de desayunar...

FEL. ¿Y eso qué importa? Por oir dos veces misa no se peca.

TOMÁS Usted no pierde nunca el apetito

ELENA Al mejor día va a dar un reventón.

FEL. Más vale morirse de un cólico que de hambre.

JULIO De acuerdo, don Felipe. (A Pilar y Pedro, que estarán hablando separados del grupo.) ¡Eh! Que estamos aquí; saludar al menos.

PILAR. ¡Eh! Sí... si ya lo ..

JULIO Pues si que estais acaramelados. Por supuesto, tienes para estarlo, Pedro. Te felicito. Te llevas la mujer más linda del pueblo.

PEDRO (Sonriendo.) Eso ya lo sabe ella y yo sin que usted me lo dijera.

JULIO Pero hombre, me canso de decirte que no me trates de usted.

PEDRO ¡Otra! Pues... cómo quiere...

JULIO Como me has tratado siempre; como nos hemos tratado.

ELENA Es que ahora infundes respeto con ese trajecico.

JULIO ¡Oh! ¡Qué tontería! Con y sin este traje soy siempre el mismo. Aunque alejado del pueblo por mis estudios, jamás olvido los días de mi niñez; y cuando, como ahora, vengo a pasar entre los míos los meses de vacación, quiero que los mismos que me acompañaban en los juegos de la infancia, los que aprendieron conmigo las primeras letras, sean también ahora mis amigos y estrechen mi mano con la misma cordialidad de aquellos años que pasaron para no volver.

FEL. Muy bien; pero.. vamos adentro que estaremos mejor.

ELENA O siéntense aquí.

JULIO No, nos vamos en seguida.

TOMÁS Hemos venido solamente por saludar a los forasteros.

(Pedro hace mutis por el foro.)

JULIO ¿Llegaron por fin?

ELENA Sí; anoche.

TOMÁS Tengo deseos de abrazar a Eduardo. ¡Hace tanto tiempo que no lo he visto!

JULIO También yo tengo deseo de conocerle.

TOMÁS Ha venido con su mujer. ¿No?

FEL. Sí; con su mujer ha venido.

TOMÁS ¿Para mucho tiempo?

ELENA No lo sabemos; pero a juzgar por lo que han dicho, creemos que sí.

TOMÁS También tengo deseos de conocerla.

JULIO Dicen que es muy hermosa.

FEL. Guapa; muy guapa.

ELENA ¡A saber!

PILAR No diga usted eso, tía. Es muy joven, muy buen tipo, muy guapa.

ELENA Ya pueden; con la de mejunges y composturas que llevan en la cara...

FEL. (En tono de reconvención.) ¡Elena!

PILAR (Idem.) ¡Tía!

ELENA No me hagais hablar, pues.

JULIO Habrá que verla para saber quién está en lo cierto.

ELENA Y más si te lo preguntan a tí; que como lleven faldas... aunque sea una escoba.

JULIO ¡Doña Elena! ¡Por Dios!

ELENA Calla, calla, calamidad. Ya se conoce que estás tú en el pueblo.

JULIO ¿Yo? ¿Por qué?

ELENA Como de costumbre, traes revueltas a todas las mozas.

FEL. Y hace bien... ¡Quién pudiera decir lo mismo!

ELENA ¡Ah! ¡Mira el mendrugo!

JULIO Vaya una fama que me está usted poniendo, doña Elena.

ELENA Y... no me hagas hablar, que...

FEL. No; no la hagas hablar, que te saldrá peor cuenta. (Que no puede contener su impaciencia.) Pero... ¿no estaríamos mejor adentro?

TOMÁS Es verdad; no lo dejamos almorzar. ¿Dónde está Eduardo?

ELENA No se han levantado.

TOMÁS ¿Aún están en la cama?

PILAR Al menos no han salido de su cuarto.

JULIO Entonces nos vamos.

FEL. ¿Sin verlo?

TOMÁS Luego volveremos. Vamos a dar una vuelta por el campo a ver cómo va la siega, antes de que apriete más el calor.

JULIO Dígale usted que hemos venido a saludarle.

FEL. Lo agradecerá.

PILAR (Riendo.) Y que tiene usted muchos deseos de conocer a su señora... ja... ja...

JULIO (Idem.) ¡Pchs! No tengo gran interés en ello. Las mujeres casadas no...

ELENA Anda, anda, trasto. Mas te valía ser más juicioso, estudiar más y no gastarle tantos dineros a tu padre.

FEL. (Con disimulo los va echando hacia la puerta.) Hasta luego, ¿eh? Hasta luego si vienen.

TOMÁS Sí; cuando volvamos entraremos.

FEL Y echaremos una copa para entrar en gana de comer.

JULIO A usted no le hará mucha falta, pero de todas maneras se acepta y se agradece.

TOMÁS Hasta luego.

ELENA Vayan ustedes con Dios.

(Vanse don Tomás y Julio. Cuando éstos han desaparecido, don Felipe lanza un suspiro de satisfacción y se dirige hacia la cocina.)

FEL. O con el demonio. Qué tabanos. (A Pilar.)

Anda, chica, anda; que no veo de desgana que tengo.

PILAR — Hala pues. (Hace mutis.)

(Don Felipe va a entrar en la cocina a tiempo que se oyen en el portal los lamentos de TOÑA, que entra llorando. Doña Elena demuestra su extrañeza al verla; don Felipe, su contrariedad ante la nueva dilacion.)

TOÑA — (Con la voz entrecortada por los sollozos.) ¿Dan .. dan ustedes su premiso?

FEL. — (Rápido) ¡Eh! ¿Qué es eso?

ELENA — (Idem.) ¿Qué sucede?

PILAR — (Que sale al oir a Toña.) ¿Qué te pasa, Toña?

TOÑA — (Sollozando.) Qué... qué quieren... ustedes que sea. . lo... lo... lo de siempre.

ELENA — Que te ha pegado tu marido, ¿no?

TOÑA — Si... sí siñora.

FEL. — ¿Otra vez? ¿Pero es que vais a estar así toda la vida?

TOÑA — Yo... yo no tengo la culpa, siñor Alcalde.

FEL. — Pues yo tampoco.

(PEDRO sale atraído por los sollozos de Toña.)

ELENA — ¿Y ahora por qué ha sido?

TOÑA — Por nada.

FEL. — Por nada, no. Por algo habrá sido.

TOÑA — Yo qué sé, siñor Alcalde. Por... por... nada. Porque se le ha ocurrido.

FEL — ¡Rediez! Pues si que tiene tu marido buenas ocurrencias.

TOÑA — Ya sabe usted su genio; que no quiere que le lleve la contra en nada.

PILAR — Qué bestia es.

ELENA — ¿Y sólo por llevarle la contraria te ha de pegar?

FEL. — (A doña Elena) ¿Eh? ¿Qué te parece? ¡Cómo tendría el cuerpo una que yo sé, si por llevar la contra... (A Toña.) ¿Dónde está tu marido?

TOÑA — En casa.

FEL. — Anda, dile que venga.

TOÑA — ¿Aquí?

FEL. — Sí, aquí. No voy a tu casa porque voy a almorzar. Anda; que venga, que se lo mando yo.

TOÑA — Está bien, siñor Alcalde. El caso es...

FEL. — El caso es que no me entretengas. Has lo que te he dicho y ya veremos si vuelve a ponerte la mano encima.

TOÑA — Está bien, siñor Alcalde. Dios se lo premiará. (Mutis.)

ELENA Anda; anda con Dios, criatura.
PILAR Pobre Toña.
PEDRO Es muy bruto su marido.
ELENA Se les habían de caer las manos. ¡Lástima! Conmigo habían de dar.
FEL. ¡Ea! A ver si Dios quiere que... (Va a hacer mutis a tiempo que entra MARIANO EL COJO. Es el alguacil del pueblo.)
MAR. A la paz de Dios.
FEL. (Vuélvese rápidamecte sin poder contener su enfado.) A la paz de... ¿También tú?
MAR. Buenos días tengan...
FEL. ¿Qué tripa te se ha roto?
MAR. (Que no sale de su asombro al ver el recibimiento.) Ninguna, siñor Alcalde. Es que... que venía a decíle que venga deseguida al Ayuntamiento, que está el recaudador de contribuciones...
FEL. Como si estuviera el Nuncio. (Entra apresuradamente en la cocina. Doña Elena y Pilar le siguen.)
MAR. (Con extrañeza.) ¡Contra! Qué mosca le ha picau al siñor Alcalde.
PEDRO La de su estómago, que no lo dejan almorzar.
MAR. Pues vaya un geniecico.
PEDRO En cuanto almuerce, se le pasa. Hasta luego, que estoy midiendo trigo. (Medio mutis.)
MAR. Oye: ¿qué le ha pasau a la Toña, que la he visto salir llorando?
PEDRO Lo de siempre. El animal de su marido que le ha dado una somanta.
MAR. Por algo habrá sido.
PEDRO Por lo que sea; nunca hay motivo pa pegarle a una mujer, tio cojo.
MAR. ¿Que no? Lo que no debe tratáselas de otra manera.
PEDRO ¡Bah! Ya está usted con la canción de siempre.
MAR. La fija.
PEDRO ¡Como si todas fueran iguales!
MAR. ¿Las mujeres? Ni una buena.
PEDRO Hay de todo.
MAR. De todo, sí. Malas, piores y rematadas.
PEDRO Mal las quiere usted, tio cojo.
MAR. No es de ahura.
PEDRO Ya, ya lo sé. Desde que enviudó.
MAR. Eso es. Desde que se murió mi mujer... que Dios me la conserve.

PEDRO — Si está en el otro mundo, cómo se la ha de conservar.

MAR. — Por eso. Que Dios me la conserve allí, que aquí bien ancho estoy sin ella.

PEDRO — Cada uno cuenta de la feria según le va en ella.

MAR. — Y a mí, no me pudo ir pior. Por eso enviudé.

PEDRO — ¿Por eso?

MAR. — Por eso. ¿Sabes de qué me quedé viudo?

PEDRO — No.

MAR. — Pues de lo mismo que me quedé cojo.

PEDRO — No lo entiendo.

MAR. — Bien facilico es. De un palo que me atizaron, me quedé cojo; y de un palo que le arreé a mi parienta, me quedé viudo.

PEDRO — Pero tio cojo. Si las tratan como a las bestias. A la mujer hay que tratarla con cariño.

MAR. — ¿Cariño? Sí, sí. Para atención en esta coplica:

Al colchón y a la mujer
les hace falta la vara;
al colchón, pa varealo;
y a la mujer, pa endrezala.

PEDRO — Pues escuche usted esta otra, que esa no me convence:

Ni al burro ni a la mujer
los acostumbres al palo;
que ni el burro arreará,
ni la mujer te hará caso.

MAR. — Quiá, hombre; quiá. Fíjate...

Si la mula te recula
y la mujer te hace trampa,
no hay más que dos caminicos:
u dejalos, u la tranca.

¿Eh? ¿Qué te paice?

PEDRO — Pues... que es usted muy bruto, y no es por alabarlo. Escuche usted la última y quédese con ella, que yo me voy:

Al que pega a una mujer,
había que preguntale
si le daría gustico
que pegaran a su madre.

MAR. ¡Contra! Aquí no se habla de las madres.

PEDRO ¡Otra! Pues qué, ¿no son mujeres?

MAR. Bueno, bueno. Cada uno con la suya. Ya me lo dirás cuando te cases.

PEDRO Entonces mejor que ahora; y... me voy, que está al llegar otro carro de trigo y no he acabau de medir este. (Se dirige hacia la puerta del foro a tiempo que sale PILAR por la de la cocina.)

PILAR Señor Mariano, que pase usted a echar un trago.

MAR. No caerá mal. (Mutis.)

PILAR ¿Dónde vas?

PEDRO Al granero, maña. ¿Quieres subir?

PILAR No, que está aquí mi tía.

PEDRO Oye, ¿estás contenta con lo que dijo anoche tu primo?

PILAR Mucho, ¿y tú? (Mirando dentro.)

PEDRO Más que...

PILAR (Rápido.) ¡Chits!... Mi tía...

(Pedro hace mutis apresuradamente.)

ELENA (Mirando recelosa.) ¿Con quién hablas?

PILAR Con nadie, tía.

ELENA Con nadie, con nadie. Ten cuidadico; que me canso de deciros que no quiero que esteis todo el día de charla.

PILAR Pero tía, si no...

ELENA Que no y no. Estaría bueno que pasáramos el día pelando la pava. Eso se guarda para cuando no haya nada que hacer. Anda. Sube a ver si se han levantau esos; que si todos los días van a hacer igual, no sé a qué hora se va a limpiar la casa.

(Por la escalera baja PABLA. Viene refunfuñando como si acabara de pelearse con alguien.)

PABLA No, pues a mí... que se ande con ojo... porque yo ..

ELENA ¿Qué te pasa, que vienes gruñendo?

PABLA Nada, señora.

ELENA Pues si no es nada, ¿a qué rezas no siendo hora del rosario?

PABLA Pus... no es nada.

ELENA ¿Con quien hablabas?

PABLA Con nadie.

ELENA Pues eres tonta.

PABLA Pus no soy tonta; que eso se ha creído esa.

ELENA ¿Y quién es esa?

PABLA Esa señoritinga de criada que se han traído los señoritos.

ELENA Ah, ¿sí? ¿Qué te ha dicho?

PABLA Me ha llamau paleta.

ELENA ¡Paleta!

PABLA Y me ha dicho que... que tenía cara de prima.

PILAR Pero, ¿por qué ha sido?

PABLA Porque li dicho que me ayudara a dar vuelta a los colchones, y me ha contestau que ella es la doncella de la señorita y que no está pa servir a nadie más que a ella.

ELENA ¿Y tú qué le has dicho?

PABLA Nada. Que como se güelva a meter conmigo, del primer guantazo que la doy la chafo los morros.

PILAR (Reconviniéndola.) ¡Pabla!

ELENA Has hecho bien. Ya se lo debieras haber dau cuando te ha llamau paleta; anda, anda..

PILAR ¡Pero, tía!

(Pabla hace mutis por la cocina.)

ELENA Anoche, cuando la vi, ya no me gustó ni miaja. Con la cabeza llena de rizos, unos zapaticos con media vara de tacón, una falda hasta la rodilla y un escote hasta... la falda, ni miaja, ni miaja me gustó. Por supuesto, que la culpa la tienen sus dueñas por consentirlo... por más que también su dueña...

PILAR ¡Chits! Tía, cállese usted, que pueden oirla.

ELENA Me parece que sí, que me van a oir. ¡Cuando yo digo que no nos va a traer nada bueno este viajecico!

PILAR ¡Qué cosas dice usted, tía!

ELENA Malo es que se me meta una cosa en la cabeza.

PILAR Pero, ¿en qué se funda usted?

ELENA ¡Qué sé yo! ¡Dios me perdone! Pero... no sé por qué se me figura que Eduardo y su mujer no se llevan muy bien.

PILAR ¡Bah! Figuraciones de usted.

ELENA Dios haga que lo sean.

PILAR ¿Es que ha visto usted algo?

ELENA Poco; pero lo bastante para suponerlo. Desde que llegaron no se han dirigido la palabra...

PILAR Cualquier enfado pasajero.

ELENA ¡Qué sé yo! A tu primo lo encuentro muy triste, muy envejecido. Luego, este viaje

tan repentino, casi sin avisar, y traerse a su mujer que nunca ha querido venir al pueblo... ¡qué sé yo!... ¡qué sé yo!

PILAR Pero, tía, ¿qué cosa más natural que venga con ella?

ELENA Cierto; pero... me parece que ella no viene muy a gusto. No me hagais decir que viene a la fuerza.

PILAR Quiá.

ELENA Anoche, cuando dijo Eduardo que pensaban pasar aquí el verano, ella no pudo reprimir un gesto y una mirada que... en fin, que no. ¡Dios me perdone! Pero no me gusta esa mujer ni miaja.

PILAR Pues yo no la conocía más que por el retrato; pero me parece muy simpatica y muy fina.

ELENA Más que un cardo.

PILAR Y no parece tan orgullosa como dicen que es.

ELENA Tampoco se lo toleraría yo, que no tiene motivo para ello. Que si ella es muy señorita, mi hijo no lo es menos. Si Eduardo ha nacido en un pueblo y ella en Madrid, también nacen las patatas en el campo y las flores en el jardín. Pero las flores no sirven más que de adorno y las patatas son las que nos alimentan.

PILAR (Sonriendo.) ¡Qué cosas tiene usted, tía!

ELENA (Cada vez más irritada.) Y después de todo, mi hijo nació entre sábanas tan buenas como las de ella; y si sus padres eran señorones de títulos y campanillas, nosotros no tenemos tantos ringorrangos, pero tenemos más doblones. Y... no tanto orgullo, que mi hijo tuvo que pagar muchas trampas que su mujer le llevó; así es que don sin din, tamboril sin gaita.

PILAR Diga usted que nunca fué santo de su devoción.

ELENA Y apuesta. Ya sabéis que por mi gusto no se hubiera casado con ella.

PILAR Si se querían, ¡qué iban a hacer!

ELENA ¡Quererse! Eduardo, sí; mi hijo se enamoró de ella por su juventud, por su hermosura, no ignorando lo entrampada que estaba. Pero ella... ella se casó con tu primo por su tama y por sus pesetas, sin reparar en la

diferencia de edad ni... no quiero hablar más, porque...

PILAR (Mirando hacia la puerta de la cocina.) ¡Chits! El tío sale...

ELENA Por eso me callo. No conviene que sospeche nada de lo que yo temo.

PILAR De sus figuraciones.

ELENA Dios haga que lo sean; pero por si son realidad y los chicos no se llevan bien, procuraremos que no se entere tu tío, pues con el genio que tiene...

(Salen DON FELIPE y MARIANO.)

FEL. Pero, ¿aún no han bajau esos?

ELENA Ya lo ves. ¡Cómo van a estar sanos los de las capitales, levantándose a estas horas!

PILAR No deben tardar, pues me parece oir pasos por arriba. Voy a tenerles el desayuno preparado. (Mutis por la izquierda.)

ELENA Y yo a dar una vuelta por el granero, a ver qué hacen. Si bajan, me llamáis. (Hace mutis por el foro.)

FEL. Vamos nosotros un momento al Ayuntamiento. (En voz alta, hacia la cocina.) Luego vengo, ¿eh? (A Mariano.) Arrea, cojo. (Medio mutis.) Espera... parece que bajan... (EDUARDO aparece bajando la escalera. Don Felipe se dirige a él, abrazándole con efusión.) Vaya un madrugón. Qué tal, hijo mío, ¿has dormido bien?

EDUAR. Muy bien, padre. Buenos días.

MAR. Buenos días nos dé Dios, don Eduardo.

EDUAR. Hola, Mariano. Buenos días.

MAR. Qué, ¿ha descansau usted bien?

EDUAR. Admirablemente. (Mirando en derredor.) ¿Y mi madre?

FEL. Hace un momentico que ha subido al granero. (Llamando.) Pilar.

PILAR (Sale precipitadamente, yendo hacia Eduardo, que la besa en la frente.) ¡Oh! Ya era hora, perezoso.. ¿Qué tal has dormido?

EDUAR. Como un lirón.

PILAR No has...

FEL. (Interrumpiéndola.) Mira, déjate de pregunticas y dale de almorzar.

PILAR ¡Oh! Es verdad. Estaba preparando vuestro desayuno. ¿Qué vas a tomar?

EDUAR. Cualquier cosa... no tengo ganas.

PILAR Ya te entrarán. ¿Quieres chocolate o café?

FEL. ¿No has oído que cualquier cosa? Fríele un par de huevos con unas lonchas de jamón.

EDUAR. (Sonriendo.) Veo que continúa usted con tan buen apetito. (A Pilar.) Un poco de café.

PILAR Aquí mismo, ¿quieres?

EDUAR. Donde tú quieras.

PILAR Pues siéntate. (Vase corriendo.)

EDUAR. Mientras tanto, voy a abrazar a mi madre.

FEL. (Deteniéndole.) Primero, almuerza. (A Mariano.) Mira, vete y dile a ese que se espere, que luego voy.

MAR. Está bien, siñor Alcalde. Hasta luego, don Eduardo.

EDUAR. Adiós, Mariano. Qué, ¿no te has vuelto a casar?

MAR. ¿Yo?... Antes se me lleven los demonios. (Hace mutis.)

(Sale PILAR con una bandeja, en la que hay servicio de café que pone sobre la mesa, después de haber extendido un mantel.)

PILAR Ea, siéntate. (Eduardo lo hace.)

FEL. Pero, ¿sólo le sacas eso?

EDUAR. Y ya es bastante.

FEL. ¿Con una chorradica de café vas a pasar hasta el medio día?

EDUAR. Es mi costumbre.

(ROSA baja la escalera.)

ROSA (A Eduardo.) Buenos días, señor. (A Pilar.) ¿Quiere usted hacer el favor de darme el desayuno de la señorita?

PILAR En seguida. ¿Está ya vestida?

ROSA Está terminando.

PILAR Ahora mismo lo subiré.

ROSA ¡Oh! No se moleste. Vengo a por él.

PILAR No faltaba más. Dígale que en seguida lo subo.

ROSA Como usted quiera. (Mutis por la escalera. Pilar vase a la cocina. Eduardo se dispone a desayunar. Don Felipe mira en derredor con recelo.)

FEL. Me alegro que nos dejen solos. Tengo que hablarte.

EDUAR. (Mirándole con extrañeza.) ¿Que tiene usted que hablarme?

FEL. Sí; pero.. (Se calla al ver salir a Pilar, que lleva el desayuno pedido, haciendo mutis por la escalera. Entonces se acerca a la puerta del foro, y cuando ve que nadie les escucha, avanza hasta Eduardo, sentándose a su lado.) No quiero que nadie se entere de lo

que voy a decirte, y menos tu madre. Sería causarla mucha pena si lo que yo sospecho fuera cierto.

EDUAR. Me alarma usted. ¿Qué sucede?

FEL. (Tras un momento de indecisión.) Eduardo... dime la verdad. ¿Eres feliz con tu mujer?

EDUAR. (Hace un brusco movimiento, reponiéndose en seguida.) ¡Eh! ¿Qué dice usted?

FEL Lo que has oído. Entre vosotros debe mediar algún disgusto y... no pequeño.

EDUAR. (Quiere disimular su turbación.) ¡Oh! No; nada de esó. ¿En qué se funda usted?

FEL. En lo que he visto y adivino. Hacia tiempo que sospechaba que vuestra vida de matrimonio no es como Dios manda. (Eduardo quiere interrumpir.) Déjame acabar. Aunque muy lejos de ti, no me han faltado medios de enterarme de... más de cuatro cosas. He ocultado todo a tu madre, pues sabes lo mucho que te quiere y sería proporcionarle un disgusto que nos trajera funestos resultados.

EDUAR. Pero, perdone usted, padre. No sé en qué puede fundar...

FEL. Por si esto fuera poco, he observado en vosotros algo que no me gusta. Este viaje tan precipitado... Desde anoche no os habéis dirigido la palabra. Al llevaros a vuestra habitación, habéis puesto cincuenta mil pretextos para no dormir, no solamente en la misma cama, sino en la misma habitación; tanto, que hubo que ponerte una cama en otro cuarto...

EDUAR. Comprenda que...

FEL. No comprendo más que lo que veo. (Cogiéndole una mano, con solicitud.) Vamos, hijo mío. Dime la verdad. ¿Es que no tienes bastante confianza con tu padre para confiarle tus secretos?

EDUAR. (Emocionado.) ¡Oh! No diga usted eso.

FEL. Pues entonces, ¿por qué no has de aliviarme de este peso que tengo encima?

EDUAR. (Indeciso.) Es que... no quisiera...

FEL. Que no ganas bastante para sostener el lujo de tu mujer, ¿no es eso?

EDUAR. No; no es eso. Mi cátedra, mi clientela y mi sanatorio, me producen lo bastante para vivir con desahogo; pero...

(En la puerta del huerto aparece DOÑA ELENA, que lanza una exclamación de alegría al ver a Eduardo.)

FEL. (Imponiéndole silencio y tratando de disimular.) ¡Chits! Tu madre.

ELENA Pero, ¿estás aquí, hijo mío?

EDUAR. (Levantándose, yendo hacia ella, abrazándola.) ¡Oh! Viejecita mía.

ELENA (Cogiéndole la cabeza y besándole.) ¿Qué tal te encuentras? ¿Has dormido bien? ¿Te sentó bien la cena? ¿Has extrañado la cama?

FEL. Si vas a contestar a todo lo que te pregunte, no almuerzas hoy.

ELENA ¡Si todos fueran como tú! (Obligando a sentar a Eduardo y haciéndolo a su lado.) Vamos, cuéntame, cuéntame; porque anoche no tuvimos tiempo de hablar nada. Entre que veníais cansados y tenerte que preparar otra habitación porque... Oye, ¿tampoco dormís juntos en vuestra casa?

FEL. ¡Y que no tenías tú ganas de hacer pregunticas!

ELENA ¡Qué pregunticas ni qué ocho cuartos!

FEL. ¡Desde anoche estás con unas ganas de enterarte de lo que no te importa!..

ELENA ¡Ah! ¿Que no me importa? Seremos como tú, mambrú, que no piensas más que en comer.

FEL. Y tú en meterte en camisa de once varas.

(PILAR baja la escalera.)

EDUAR. (Sonriendo.) Veo que seguís igual.

PILAR ¿De qué te ríes, Eduardo?

EDUAR. De mis padres, que no cambian a pesar de los años. Siempre regañando y queriéndose cada vez más.

PILAR Así los tienes todo el santo día. No están un momento juntos sin regañar y no pasan dos minutos sin que se busquen el uno al otro.

FEL. Tu tía, que tiene un genio...

ELENA El tuyo es el que no se puede aguantar.

EDUAR. No; no es vuestro genio. Es vuestro inagotable cariño. Es el ocaso de toda una vida de santo amor y mutua condescendencia. Es el rescoldo entre la ceniza de un fuego que se apaga y que necesita un constante soplo que lo reanime. (Sin poder reprimir un suspiro de pesar.) ¡Dichosos de vosotros!

PILAR (Ingenua.) Pues qué, ¿no eres tú también dichoso?

FEL. ¿También tú vienes con pregunticas?

ELENA Y tiene razón la chica.

EDUAR. ¿Por qué preguntas eso?

FEL. Por sacar la lengua al aire.

(Todos vuelven la cabeza hacia la escalera, pues oyen los pasos de alguien que baja.)

PILAR Me parece que es María Luisa.

(Eduardo se levanta rápidamente. MARIA LUISA aparece en la escalera queriendo dominar la contrariedad que le produce el hallar a Eduardo con su familia. Durante todo el diálogo demostrará su temperamento nervioso y su carácter autoritario, haciendo esfuerzos por disimular lo que la violenta el hablar con quien cree inferiores a ella. Unicamente su esmerada educación y trato de gentes, hace que pueda ocultar esta situación a los ojos de todos, menos a los de Eduardo, que adivina cuanto en el interior de su mujer pasa.)

M. LUI. (Con sorna.) ¡Ah! Perdón. Acaso he interrumpido las delicias de una adorable escena de familia.

PILAR No; nada de eso.

FEL. Y aunque eso fuera, no vendrías a interrumpir, sino a formar parte de ella

ELENA Vaya un madrugón, ¿eh? Hoy te se han pegado las sábanas.

M. LUI. Nada de eso. Precisamente hoy me levanto más temprano que de costumbre.

ELENA ¡Ah! ¿Sí?

FEL. Qué, ¿has dormido bien?

M. LUI. No he podido pegar los ojos en toda la noche.

ELENA (Que se va amoscando al ver la actitud de María Luisa.) Pues... ¡ya da rabia eso, ya!

PILAR Claro. Habrá extrañado la cama.

M. LUI. Muchísimo.

ELENA Qué, ¿estaba mal hecha?

M. LUI. ¡Phs!

ELENA Pues... no será más blandica la que tengáis en Madrid.

FEL. Ni con tantos colchones.

M. LUI. Eso, sí. Tuve que subirme a una silla para poder acostarme.

PILAR Todo es acostumbrarse. En cuanto duerma dos noches.

M. LUI. Lo dudo. Hace un calor horrible en esa alcoba.

ELENA Todo es... acostumbrarse.

PILAR Eso es los primeros días; pero, después, ya verá usted qué hermoso y qué sano es esto.

EDUAR. Pero, mujer, no la trates de usted. Debéis tutearos.

FEL. Claro está.

PILAR ¿Qué más da?

FEL. Por eso mismo que da igual; pero entre primas...

M. LUI. Por mí, puede usted... digo, puedes hacerlo. (A Doña Elena.) Es su sobrina, ¿no?

ELENA Es sobrina; pero como si fuera nuestra hija.

FEL. Sí. Muy niña se quedó huérfana, y como no teníamos más hijo que Eduardo, nos la trajimos con nosotros.

ELENA Y gracias a ella, que nos alegra un poco las tristes horas de nuestra vejez; que bien poco disfrutamos de la compañía de nuestro hijo.

M. LUI. (Con sorna.) Como que debían ustedes venir a vivir a Madrid.

ELENA Quién, ¿nosotros? No lo permita Dios.

M. LUI. ¿Por qué?

ELENA
En donde se tuvo el nido
deben las aves estar;
las águilas en el monte,
la gallina en el corral.

FEL. O en el puchero...

M. LUI. (Con su eterno aire de burla.) Ja .. ja... No está mal, no está mal. Pero, vamos, allí estarían ustedes al lado de su hijo, porque supongo que él no se resignaría a venir aquí a ser un médico de pueblo.. Ja... ja...

FEL. Ni nosotros admitiríamos ese sacrificio.

M. LUI. Además, que para... (A Pilar.) Pilar, ¿no?

PILAR Sí; Pilar me llamo.

M. LUI. Para Pilar sería mejor punto donde poder encontrar un buen marido.

ELENA (Con intención.) ¡Ah! Por lo visto, en Madrid las mujeres son las que buscan los maridos, ¿eh?

M. LUI. (Que ha recogido la alusión.) No; allí, como en todas partes, son ellos los que nos solicitan.

ELENA Pues a esta no le hace falta ni buscar marido ni que la soliciten.

M. LUI. Sí, eso me ha dicho. Que está próximo su casamiento.

ELENA Así es.

M. LUI. ¡Qué lástima! Tan linda como es y tan buenas proporciones como tendría.

FEL. Ninguna mejor que la que ya tiene.

M. Lui. No lo dudo; pero... ¿no es con el criado que vi anoche con quien se casa?

Elena Con el mismo. Como todos los príncipes son para las... señoritas, éstas tienen que cargar con lo que sobra.

Fel. Además, que Pedro no es ningún criado.

M. Lui. ¡Ah! Creí...

Fel. Es el mayoral de mi hacienda. Su padre estuvo al cuidado de mi casa treinta y cinco años. Aquí nació Pedro, aquí se crió y aquí se hizo hombre. Cuando murió su padre, nadie con más derecho para continuar con el mismo cargo. Es bueno, es honrau, es trabajador. Si no fuera así, no le daríamos nuestra hija, que por hija la tenemos. Pero sabemos que la quiere, que la hará feliz, y esto basta. ¿No es así, Eduardo?

Eduar. Ya sabéis que con toda mi alma he aprobado vuestra decisión.

Pilar Bueno, bueno. Dejar ya esta conversación. (A María Luisa.) ¿Quieres que vayamos a dar una vuelta por el pueblo?

M. Lui. ¡Oh! Hace mucho calor.

Fel. Acostumbrada a Madrid, no te gustará. Pero ya verás qué pueblo, ya. Tenemos de todo, como en las capitales. (Indicando.) Mira, hasta luz eléctrica.

M. Lui. Ya, ya lo veo.

Fel Y tenemos un teatro que... me río yo.

M. Lui ¿Quién viene a él? ¿María Guerrero?

Fel. ¿Quién es esa?

M. Lui. (Riéndose:) Ja... ja.. María Guerrero es una actriz..

Fel. Quiá. Aquí no queremos atrices. Aquí viene uno que le decimos José el de la Chana. Ya verás, ya verás si nos hacen reir entre él y tres o cuatro más.

Eduar. (Comprendiendo las burlas de su mujer, quiere desviar la conversación.) Oye, Pilar. ¿Por qué no salís un poco al huerto?

Pilar Es verdad. Allí no hace calor. ¿Quieres venir? (A María Luisa.) Mira, pocas flores quedan, pero podemos hacer un buen ramo.

M. Lui. Sí; lùego iremos. Quisiera hablar dos palabras con Eduardo. (Este hace un brusco movimiento, mirando a su mujer.)

Pilar Pues... entonces...

(MARIANO sale por la primera derecha.)

MAR. ¿Hay premiso?

FEL. Ahora que estás dentro.

MAR. Usté desimule, siñor Alcalde; pero es que dice el recaudador que, o viene usté o se marcha él.

FEL. Ah, ¿sí? Pues ni voy ni se va. Que espere.

MAR. Es que. .

FEL. Que espere.

MAR. Ha dicho que...

FEL. Que se espere digo yo, y no me rechistes más.

(En el portal se oyen los sollozos de TOÑA, que aparece llorando más que antes. Todos se quedan sorprendidos ante su inesperada llegada y actitud.)

ELENA ¿Otra vez?

FEL. Pero, chica, ¿aún lloras?

TOÑA Sí... sí, siñor.

FEL. ¿Y tu marido?

TOÑA En casa se ha quedau.

FEL. ¿No te he dicho que viniera?

TOÑA Sí, siñor.

FEL. ¿Y por qué no ha venido?

TOÑA Pues... pues porque ha dicho que no le da la rial gana.

FEL. (Hace un brusco movimiento, no dando crédito a lo que ha oído.) ¡Eh! ¿Qué dices?

TOÑA Que no le da la rial gana de venir.

FEL. (Que no sale de su asombro, conteniendo su cólera.) Que no... ¿eso ha dicho?

TOÑA Sí, siñor. Y encima me ha arreau otra somanta por venir con el cuento.

MAR. Ha hecho bien.

ELENA ¡Habráse visto animal!

PILAR ¡Pobre Toña!

FEL. (Dando suelta a su furor.) De modo que... no le da la real gana, ¿eh? (Mira en derredor como buscando alguna cosa.) ¿Dónde está la vara?

ELENA (Que conoce el genio de su marido, quiere calmarle.) ¿Qué vas a hacer?

FEL. Lo que a ti no te importa. ¿Dónde está la vara?

MAR. (Coge de un rincón el bastón de alcalde y se lo presenta.) Aquí está, siñor Alcalde.

FEL. No; este no, que se puede romper. (Coge otro bastón o palo fuerte que habrá por escena.) Este, éste.

(Al ver la violenta actitud de don Felipe, todos se interponen, lanzando frases apropiadas.)

ELENA (Rápido.) ¿Pero dónde vas?

FEL. (Idem.) Ya te he dicho que donde no te importa.

PILAR (Idem.) ¿Dónde va usted?

EDUAR. (Idem.) ¡Padre! ¡Déjelo usted...

ELENA (Idem.) ¡Pero... hombre de Dios! ¡Qué genio!

FEL. (Contiene a todos con enérgico ademán.) Cuidadico con poneros delante. Ya me conocéis. (A Toña, que lo mira asustada.) Conque... ¡no le da la real gana! ¿eh? Arrea p'alante.

TOÑA (Con temor.) No, no, déjelo usté.

FEL. Sin huesos lo voy a dejar.

TOÑA Pero si es que..

FEL. (Cada vez mas fuera de sí.) Que arreéis he dicho. De esta hecha, ni te vuelve a pegar, ni me vuelve a dar una mala contestación. (La obliga a marchar, saliendo tras ella. Todos quieren seguirle para detenerle, pero Mariano, en la puerta, los contiene, sonriendo con tranquilidad.)

MAR. No, no hay cuidiau. Ya lo conocen ustedes. No hará más que arreale unos cuantos leñazos. (Vase.)

M. LUI. (Muy nerviosa.) Pero... ¿le dejan marchar?

PILAR No te asustes. Como dice el cojo, no hay cuidado.

M. LUI. ¿Y no temen ustedes?

ELENA Nada. Estamos acostumbradas a sus arrebatos. En el pueblo conocen bien su genio y saben que a las buenas se hace de él lo que se quiera; pero cuando se enfada no se le pone nada por delante.

M. LUI. ¿Y si el otro?...

PILAR El otro no estará en su casa cuando llegue el tío y procurará no ponerse a su alcance hasta que se le haya pasado el enfado.

ELENA Por eso abusan. Porque saben que pasados los primeros momentos se olvida de todo.

M. LUI. Menos mal.

ELENA (A Eduardo.) Pero, hombre, habla algo.

PILAR Ya, ya. Estás pensativo; ¿qué te pasa?

ELENA Sube con María Luisa al granero y enséñale cómo ciernen el trigo. Así os distraeréis.

EDUAR. Es verdad. Hace tiempo que no presencio esas faenas.

M. LUI. (Muy nerviosa.) Sí... Ahora subiremos, pero antes, con su permiso...

PILAR ¡Ah! Es verdad. Vamos, tía. Allí los esperaremos.

ELENA No. Yo no tengo ganas de subir. Voy a sentarme un poco en el emparrado.

(Doña Elena y Pilar hacen mutis por el foro. Doña Elena, mirando a María Luisa y moviendo la cabeza con ademán de disgusto. Eduardo procura aparecer sereno. María Luisa, muy nerviosa, mira en derredor para asegurarse que nadie los escucha, y demostrando con su actitud el esfuerzo que hace al dirigir la palabra a su marido.)

M. LUI. ¿Puedes oirme dos minutos?

EDUAR. (Con indiferencia y frialdad.) Te escucho.

M. LUI. Comprenderás lo violento que es para mí el dirigirte la palabra...

EDUAR. (La interrumpe con mucha calma.) Puedes si quieres evitarte ese mal rato.

M. LUI Cierto; pero es forzoso que lo haga. Después de seis días en que no te has dignado hablarme, me había propuesto no ser yo la qué cediera en la actitud que tu violencia nos ha colocado. (Eduardo, impaciente, la mira en actitud interrogadora.) No, no te impacientes; termino en seguida.

EDUAR. Eso es lo que deseo.

M. LUI. Y yo. ¿Estás decidido a hacerme pasar aquí todo el verano?

EDUAR. Tú me has obligado.

M. LUI Pues yo te digo que no estoy dispuesta a consentirlo. Por demostrarte que no tenía ningún interés en oponerme a tu decisión, accedí a acompañarte unos días. Pero de eso, a obligarme a permanecer una temporada en esta casucha y entre esta gente...

EDUAR. ¡María Luisa!

M. LUI. Entre esta gente, sí. Yo no estoy dispuesta a ser víctima de tus genialidades y ridículos celos. (Eduardo hace un brusco movimiento.) Ridículos, sí. Ridículos e infundados.

EDUAR. (Impaciente, mira con temor en derredor.) Si continúas así, dejaremos la conversación para otro rato.

M. LUI. No. Ha de ser ahora.

EDUAR. Pero sin alterarte ni gritar. No quiero que en esta casa demos a entender lo que hemos venido a ocultar. Demasiado has dado que hablar en Madrid para que vengamos aquí a hacer lo propio.

M. LUI. Por tu causa.

EDUAR. Bien; sea.

M. Lui. Por tu causa, sí. Y te digo que si lo que te propones es hacerme quedar en ridículo ante la sociedad, aislándome de mis amistades...

Eduar. (Interrumpiéndola con violencia.) Lo que me propongo es... (Conteniéndose.) no tengo necesidad de repetirte lo que demasiado sabes.

M. Lui. (Con sorna.) Sí; que tu salud está quebrantada y necesitas una temporada de absoluto descanso, ¿no?

Eduar. ¡María Luisa!...

M. Lui. Y que en ningún sitio mejor que en este pueblo, donde naciste, para ello. ¿No es eso lo que hemos dicho en Madrid?

Eduar. Bien sabes que no es esa la causa.

M. Lui. ¡Ah! Es que vas a repetirme que te estoy arruinando.

Eduar. Sería la vez primera que esa frase saliera de mis labios. Lo que debo es hacerte comprender la realidad. La de que...

M. Lui. (Cada vez más alterada.) Sí; la de llevarte al a miseria.

Eduar. ¡María Luisa!

M. Lui. Si abrigabas ese temor no debiste casarte conmigo. Sabías que vivía en una esfera distinta a la tuya Que el ambiente en que me educaron era muy distinto al que tú habías vivido. Eso bien lo sabías. Al pedir mi mano, mi mamá te expuso noblemente nuestra situación. Tú tenías un nombre, un porvenir; es cierto. Pero nunca pudiste soñar con haber unido tu apellido al del quien se enlaza con títulos de nobleza.

Eduar. (Haciendo esfuerzos sobrehumanos por contenerse, mira a un lado y otro, temiendo ser escuchados.) Calla, calla, o ..

M. Lui. Qué, ¿te ofende esto?

Eduar. No. Me hiere, que es distinto.

M. Lui Antes lo hiciste tú al reprocharme lo que puedo gastarte.

Eduar. No. Yo no te reprocho nada de eso. Al solicitar tu mano, fué porque te quería, María Luisa. Fuí el primero en comprender que la diferencia de edad y educación había de traer consigo diversidad de gustos, de inclinaciones, pero todo lo acepté gustoso. No iba a ser tan egoísta que sacrificara tu juventud y jovialidad a mi retraimiento y mis costumbres. No; no es eso lo que te repro-

cho. Es tu maldad; tu maldad, sí. Al hacerte mi esposa te di mi alma, mi vida, mi fortuna; todo era tuyo. A cambio de esto, yo no te exigí más que cariño.

M. Lui. No sé qué más cariño puedo darte.

Eduar. El que brota del alma, no el que inspiran los sentidos. El que hace que dos pensamientos y dos corazones se fundan en uno solo para disfrutar de las delicias y afrontar las penalidades de la vida. Pero en ti no existe eso. En ti no existe más que la nostalgia del ambiente en que has vivido. Diversiones, lujo, placeres... (María Luisa, muy nerviosa, quiere interrumpir varias veces, pero Eduardo, cada vez más alterado, la interrumpe con enérgico ademán.) Para ti, la mayor prueba de cariño es... el regalo de una joya. Un baile, una reunión tiene para ti más encantos que las delicias del hogar. Cuando vino al mundo nuestra hija, creí que el amor maternal borraría de ti otros pensamientos. ¡Pero no fué así! Tu hija, más bien te sirvió de pesar que de alegría, y cuando sus ojitos se cerraron para siempre y su alma angelical subió a la Gloria, un enorme peso se te quitó de encima...

M. Lui. (Frenética, interrumpe.) Mientes, mientes...

Eduar. Podías volver a ostentar tu belleza, aumentada por la maternidad; podías volver a brillar en la sociedad. Esa sociedad en que naciste y has vivido. Esa sociedad que os enseña a ser elegantes, a ser agradables, lindas muñecas de trapo; pero que os arrebata lo único que os hace sublimes. El ser mujeres, el ser madres.

M. Lui. (Con gran energía y altivez.) ¡Dónde vas a parar! ¡¡Qué quieres decir!!

Eduar. Lo que has oído. Y... no hagas que te recuerde otras cosas que hieren mi dignidad de hombre y pudieran ofender tu orgullo de mujer.

M. Lui. ¡Eduardo!

Eduar. (Fuera de sí.) Y... sábelo de una vez. Estoy enfermo, agotado, sí. Pero es por los esfuerzos que hago por contenerme y no dar lugar al escándalo. Por temor al ridículo, por eso te he traído a este pueblo, para aislarte de ese peligroso mundo en que quieres vivir. Mi bondad ha rebasado ya sus límites, y aquí es-

taras hasta que te cures de tu loco desenfreno, hasta que reconozcas el fundamento de mis decisiones y me prometas, me asegures, no reincidir en tus dispendios y... coqueterías.

M. LUI. ¡Eduardo!

EDUAR. Coqueterías, sí. Líbreme Dios de pensar que hayas faltado un momento a tus deberes de mujer honrada. ¡Ay de ti aquel día! Pero me consta que hay muchos canallas que acechan el honor ajeno estrechando cada vez más su cerco, y te alejo del peligro para evitar que caigas en él.

M. LUI. (Fuera de sí.) Eres un miserable. Estás ofendiendo mi dignidad y debieras tener más respeto, ya que no a tu esposa, a la señora, a la mujer.

EDUAR. ¡María Luisa!

M. LUI. ¿Qué motivos tienes para dudar de mi conducta? Contesta. ¿En qué fundas tus ridículos celos y estúpidas suposiciones? El haber abierto indebidamente mi correspondencia, sorprendiendo una carta, de la que no soy responsable, ¿te da derecho a suponer?...

EDUAR. (Amenazador.) Silencio. No hagas que desespere...

M. LUI. Pues no me ofendas.

EDUAR. Y tú no unas la infamia al cinismo.

M. LUI. ¿Soy yo culpable de que me soliciten?

EDUAR. Sí, tú. Nadie más que tú. Tú que, sin respeto a mi nombre, alardeas de mujer fuerte para la tentación. Tú, que muestras orgullosa tu belleza, incitando con ella a los salteadores de honras. Tú, que en vez de mostrarte como esposa y como madre, te exhibes como mujer; como hembra orgullosa de sus encantos. Y.. no hablemos más. Terminemos. Ya sabes cuál es mi resolución. Aquí, en esta casa, al lado de mis padres, estarás hasta...

M. LUI. (Interrumpiéndole con ira.) Pues no, no y no. Si esa es tu última palabra, forzosamente has de escuchar la mía. Yo no estoy dispuesta en modo alguno a acceder a tu tirano capricho. Ya lo sabes.

EDUAR. ¡María Luisa!

M. LUI. Es inútil. Ni tus amenazas ni tus golpes han de conseguir nada. Si quieres que haya escándalo lo habrá. Si quieres maltratarme, lo

haces. Era lo único que te faltaba, y ya lo hiciste.

EDUAR. ¡Chits! Calla..

M. LUI No; no callaré. Acudiré a los tribunales si es necesario. Es un secuestro en toda regla lo que te propones, y no he de ser tan cándida que lo acepte.

EDUAR. (Cogiéndola con furor de una muñeca.) Calla... calla... Eres mala.

M. LUI. Sí; pégame, pégame otra vez. Ya lo hiciste hace días.

EDUAR. Y te hubiera matado. Te hubiera destrozado, por infame; por infame; sí. Sabes que conservo la prueba...

M. LUI. (Forcejea por desasirse.) Mientes, mientes.

EDUAR. No, no miento. Bien lo sabes. Esta carta que tengo en mi poder y que te arrebaté sin darte tiempo a terminarla...

M. LUI. (Va mostrando su terror ante el gesto terrible de Eduardo.) No... no es cierto... Eduardo. Era precisamente para negarle...

EDUAR. Eso dijiste, pero mientes como me has mentido siempre. Como han sido mentira tus protestas, tus caricias...

M. LUI. Suelta; me haces daño...

EDUAR. Más y más hondo me lo has hecho tú.

M. LUI. Suelta o grito

(Eduardo contiene instantáneamente su actitud.)

EDUAR. ¡Ah!, no. Tienes razón. Inconscientemente me he igualado a ti. Tú quieres el escándalo; yo no. No por mí, que a nada ni a nadie temo, sino por los que nos rodean. Por mis ancianos padres, cuya vida ejemplar de matrimonio se ha deslizado sin un átomo de disgusto que turbara el cielo de su dicha. Por ellos, que incapaces de comprender todo lo que no sea cariño y condescencia, verían con honda pena cómo se hallaba destruída mi felicidad... ¡mi soñada felicidad. (Con gran amargura. Abatido por el dolor se sienta en una silla ocultando el rostro entre sus manos, permaneciendo en esta actitud un momento. María Luisa se le queda mirando fijamente. Ligera pausa. Poco a poco, impresionada por el tono y la actitud de Eduardo, va dulcificando su semblante, avanzando hacia él, cariñosa, insinuante... mujer...)

M. LUI Eduardo... Eduardo... Eres cruel e injusto conmigo. Te he jurado varias veces que son

infundados tus temores. (Eduardo vuelve la cabeza, mirándola con tristeza y severidad. Ella se acerca zalamera.) Sí; infundados. Yo no te he ofendido nunca, yo no puedo querer a nadie más que a ti...

EDUAR. (Rechazándola con frialdad, pero sin violencia.) No sigas. No he de creerte. He cedido muchas veces a tus ruegos, a tus caricias; ahora no. Tengo la herida muy reciente para que olvide su dolor.

M. LUI. (Cada vez más mimosa.) Creéme, Eduardo. Yo haré lo posible por complacerte. Quizá tengas razón, soy una cabecita loca. He sido siempre una niña mimada, primero por mis padres; después, por ti. Pero yo te prometo corregirme, hacer cuanto tú me digas...

EDUAR. ¡Tantas veces me has repetido esas frases!

M. LUI. Ahora te lo juro... por lo que más quieras. Por la memoria de nuestra hija.

EDUAR. ¡María Luisa!

M. LUI. ¡Oh! ¡Por qué no vivirá aquel ángel! ¡Si yo tuviera un hijo!... (Eduardo contiene un movimiento de desesperación.) Oyeme, Eduardo. Si quieres estaremos aquí con tus padres unos días; pero no me tengas todo el verano. Si quieres no saldremos a veranear, aunque nos critiquen. Nos quedaremos en Madrid, todo, todo menos en este destierro, y sobre todo no te vayas, dejándome aquí sola...

EDUAR. De ti depende. Si es real tu arrepentimiento de culpas pasadas; si con tu conducta borras el recuerdo de lo sucedido, si en ti veo el cariño que yo soñé, entonces...

M. LUI. ¿Olvidarás?

EDUAR. Perdonaré, que no es lo mismo.

(En este momento aparecen en la puerta del foro DOÑA ELENA y PILAR, quedándose agradablemente sorprendidas al ver el grupo formado por Eduardo y María Luisa, que se hallan de espaldas a ellas. Eduardo, triste, severo. María Luisa, mimosa, con sus manos apoyadas en los hombros de Eduardo, acercando su rostro, como solicitando una caricia.)

PILAR ¿Ve usted, tía, cómo eran infundados sus temores?

ELENA (Lanzando un suspiro de satisfacción.) Más vale así. (Avanzan hacia ellos. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La escena en una gran sala que se comunica con las demás habitaciones de la casa. Al frente, un gran balcón, practicable, que da a la Plaza Mayor del pueblo. A la derecha, dos puertas; entre ellas, un sofá; frente a este, un velador y dos sillones; sobre el velador hay unas bandejas con pasteles, dulces, botellas, copas etcétera.

A la izquierda, en segundo término, una puerta igual a las del lado opuesto. En primer término, otra puerta mayor que aquéllas por las que se ve la escalera que conduce a la planta baja.

Por la escena una cómoda y varias butacas. De las paredes enjabelgadas, cuelgan cuadros con cromos y algún espejo. En el sitio más visible un cuadro con la Virgen del Pilar. La sillería enfundada con tela blanca. Todo ello demuestra bienhestar y lujo pueblerino.

Son las tres de una tarde del mes de agosto. La estancia se halla en la penumbra. Solo por la abertura del balcón, entornado, penetra una ráfaga de calor y luz.

—

(Al alzarse el telón, ROSA sale por la segunda puerta derecha, dirigiéndose hacia la escalera a tiempo que aparece en esta PILAR.)

PILAR (En voz baja.) ¿Duerme tu señorita?

ROSA No. Va a salir ahora.

PILAR ¿Con este calor?

ROSA ¡Sí que aprieta! (Mutis En la puerta, por donde salió Rosa, aparece MARIA LUISA.)

PILAR Un telegrama, María Luisa.

M. LUI. (Con sobresalto coge el que le entrega Pilar.) ¿Un telegrama?

PILAR Debe ser de Eduardo. Lo acaba de traer el mozo de la estación.

M. LUI. (Que lo habrá desdoblado y leído.) Sí, de Eduardo.

PILAR ¿Ocurre algo?

M. LUI. Nada. Que no lo esperemos esta noche, pues tiene un enfermo grave y no puede venir.

PILAR ¡Oh! Qué fastidio. Ya van dos veces que hace lo mismo.

M. LUI. (Con despecho.) Eso es muy frecuente en él.

PILAR ¡Pobre! Sus muchas ocupaciones...

M. LUI. Por sus ocupaciones y porque se encontrará mejor que en este pueblo.

PILAR ¡Oh! No lo creas. En ningún sitio mejor que a tu lado y con nosotros se encuentra Eduardo. Ya sabes también el interés que tenía en pasar las fiestas del pueblo con nosotros. ¡Hace tantos años que no las presencia! Pero por lo visto no puede estar tampoco este año.

M. LUI Y hace bien. Lo malo es que me obliga a pasarlas a mí y deja que me tueste en esta parrilla. (Abanicándose con furia.)

PILAR ¡Mujer! Yo creo que...

M. LUI Bueno, bueno. (Disponiéndose a hacer mutis.) Allá él. Hasta luego.

PILAR ¿Vas a salir?

M. LUI. Ya lo ves.

PILAR ¿Con el calor que hace?

M. LUI. Si no hay otro, he de tomar el que hay.

PILAR ¿No vas a estar aquí durante la corrida?

M. LUI. Sí. Pero voy a buscar a Enriqueta para que la venga a presenciar desde estos balcones.

PILAR (Con estupor.) ¡Cómo! ¿La... la Enriqueta va a venir a esta casa?

M. LUI. ¿Qué tiene de particular?

PILAR Nada, pero... no sé qué tal le sentará a la tía. Ya sabes lo que dijo el otro día.

M. LUI. Podrá decir lo que quiera, pero no creo que trate de impedir el que yo tenga las amistades que me plazca.

PILAR Es que... haces mal en tratarte con esa mujer. Sabes que no es bien vista en el pueblo.

M. LUI. ¡Bah! Tonterías pueblerinas.

PILAR Tonterías, no. Por más que trate de ocultarlo, en el pueblo se sabe su vida y milagros.

M. LUI. En el pueblo se dicen muchas cosas sin razón para ello.

PILAR No. En los pueblos lo que hacemos es no comulgar con ruedas de molino. Demasiado sabemos la vida que hace esa.

M. LUI. La que puede proporcionarse con el mucho dinero que gana.

PILAR ¡Ya! ¡Ya! ¡¡Eso sí!!

M. LUI. Siendo una de las mejores modistas de Madrid.

PILAR No será tanto cuando tú no la conocías ni de vista ni de nombre.

M. LUI. Tú crees que Madrid es como...

PILAR Lo único que creo es que los que vivís en las capitales suponéis que en los pueblos vivimos en el Limbo, y eso... no. Y ya que me haces hablar te diré que no será tan decente la vida que lleva cuando su madre prefiere estar aquí en el pueblo a irse a vivir con ella.

M. LUI. Su madre es tan desagradecida y mal pensada como todos los de este pueblo. Solamente la bondad de Enriqueta hace que por cariño a su madre y al pueblo donde nació, venga todos los años a pasar las fiestas y a contribuir con su dinero para que se diviertan los zánganos de este lugar. Yo en su puesto no sería tan tonta. Habiendo tantos sitios donde pasar el verano, para lo agradecido que es, me ahorraría molestias y dinero.

PILAR Dinero ganado ¡Dios sabe cómo!

M. LUI. Pues... no lo desprecian. Y... no será tan dudosa su conducta cuando su familia la saca todo cuanto puede y... hasta el señor cura no pone escrúpulos de ninguna clase en hacerla gastar su dinero en restaurar la iglesia y en comprar imágenes. Como no sea que lo haga en penitencia de sus pecados... Ja... ja... (Suelta una carcajada burlona e insolente.)

PILAR Tú ríete cuanto quieras, pero haces muy mal en tratarte con ella. Si Eduardo lo supiera...

M. LUI. Podéis comunicárselo, si os place.

PILAR No, hija, no. Si llega a sus oídos no será por nuestra causa.

M. LUI. Me da igual. ¡Tendría gracia que por las maledicencias y las envidias, no pudiera cultivar la amistad de la única persona grata que hay en el pueblo.

PILAR Muchas gracias.

M. LUI. Mujer, quiero decir...

PILAR — Ya, ya lo he entendido.

M. LUI. — ¡Bah! ¿Vas a molestarte dándote por aludida? Ja... ja... ja.

PILAR — Bien claro lo has dicho.

M. LUI. — Bueno, querida, bueno. No tengo ganas de discusiones.

(En la estancia penetra PEDRO violentamente, corriendo, como si hubiera subido las escaleras en dos brincos. Al ver a María Luisa se queda parado demostrando su turbación.)

PEDRO — ¡Ah! ¿Estaba usted aquí?

M. LUI. — (Sorprendida.) Estaba y estoy. ¿Qué le pasa?

PILAR — (Idem.) ¿Qué es eso?

PEDRO — No... nada... es que...

PILAR — ¿Qué sucede que subes tan deprisa?

PEDRO — Nada, nada. Es que me figuraba...

PILAR — Habla, hombre.

M. LUI. — Que tendrá que decirte algo y creía encontrarte sola. ¿No es así?

PEDRO — No, señorita, no.

M. LUI. — Ja... ja... ¿No seré yo la que os estorbe? Hasta luego. (Mutis por la escalera.)

PILAR — ¿Qué mosca te ha picado?

PEDRO — (Huraño mira a Pilar y al balcón, alternativamente.) Ninguna.

PILAR — ¿Entonces a qué entras así como si ocurriera alguna cosa?

PEDRO — Tienes razón y disimula, Pilar. Pero es que a lo mejor se me meten unas cosas en la cabeza...

PILAR — Tienen que ser muy duras pa que te se puedan meter ahí dentro.

PEDRO — Ya te hi dicho que tienes razón, pero es que...

PILAR — Revienta de una vez: ¿qué es ello?

PEDRO — Nada.

PILAR — Algo tiene que ser pues.

PEDRO — Algo, sí; algo que hace días que se me ha metido aquí... (En la cabeza.)

PILAR — Mira, no empieces ahora, que demasiados disgustos me estás dando con tus cabezonerías.

PEDRO — Que sí, que tienes razón, ¡rediez! Pero es que... que te quiero. Ya lo sabes. Y tú no te puedes figurar las rabietas que me está haciendo pasar ese títere.

PILAR — ¿Quién?

PEDRO — Demasiau lo sabes. Julio, el hijo de don

Tomás. Ahora mismo ha pasau por frente a casa sin quitar la vista de los balcones.

PILAR Y por eso has subido, ¿no?

PEDRO A qué negalo: por eso. Porque me creí que estarías tú en el balcón pa que él te viera.

PILAR (Acercándose mimosa.) Pero no seas así, Pedro ¿No estás seguro de mi querer?

PEDRO Mucho.

PILAR Entonces a qué piensas en nada que no sea en eso. ¿En qué te fundas hace unos días para creer que ese señorito ha puesto en mí los ojos?

PEDRO En lo que veo ¡rediez! Que no soy ciego. En que te mira y te habla más de lo debido. En que antes no venía nunca por esta casa y ahora no pasa día que no haga dos o tres visitas. En que te ha soltau unas cuantas palabricas de esas tan dulces y lagoteras, que uno no sabe decir, y... y en que se ha empeñau en que yo le chafe los morros y lo va a conseguir.

PILAR Ja... ja... Pero no seas bruto. ¿Tú crees que Julio va a fijarse en mí?

PEDRO ¡Otra! ¡Ande van las moscas más que a la miel!

PILAR Y aunque así fuera. ¿Tú crees que soy una veleta que miro hacia el lado que me da el aire?

PEDRO Ni pensalo quiero.

PILAR Haces bien. Ni él ni nadie ha de quitarme el querer que te tengo. Y aunque fuera verdad que alguno creyera que todo en el monte es orégano, iría muy descaminau. Julio está acostumbrau a reirse de más de cuatro tontas que hacen caso de su labia, pero de mí ni él ni nadie. Y si alguna vez se propasara, no haría falta que tú le chafaras ninguna cosa. Tengo yo una lengua muy resalada para enseñale la dotrina y unas manos muy largas pa acompañar a la lengua si fuera preciso.

PEDRO (Con pasión.) Así te quiero, maña. ¡Bendita sea esa boca! Esa boca, que de tan pequeñica que es, me voy a ver apurau pa podele dar un beso.

PILAR (Zalamera.) Mira... no empieces...

PEDRO Ya me voy, pero... mírame un poquico; que

yo me vea en esos ojos, que hasta las flores se mustian cuando las miras.

PILAR Que no te pongas lagotero y vete, que me parece que sube mi tía.

PEDRO ¡Ay! ¡Qué ganicas tengo que nos eche el cura la bendición!

PILAR Anda, anda...

PEDRO Hasta luego, Pilar.

(Entra DOÑA ELENA.)

ELENA ¿Qué haces tú aquí?

PEDRO Nada, señora. Es que... he subido a que... me diera usté una copica.

ELENA No te hacen falta copas, que demasiado empinaráis el codo esta tarde.

PILAR Y lo que es menester que no hagas el loco con los toros. Que me han dicho que son muy grandes.

PEDRO No tengas cuidau, maña.

ELENA Sí, pues el año pasado buena voltereta te dió.

PILAR Lo mejor que podías hacer era no salir.

PEDRO ¡Pa que luego dijeran los mozos que tenía miedo!

PILAR Que digan lo que quieran.

PEDRO Lo que quieran menos eso. ¡Rediez! Eso sí que no.

ELENA Bueno, bueno. Ya verás lo que haces. Anda con Dios.

PEDRO Pero... ¿de verdá no me quiere usté dar una copica?

ELENA (A Pilar.) Anda, échale lo que quiera.

PILAR (Yendo hacia el velador con Pedro.) ¿Qué quieres?

PEDRO Lo que tú quieras.

(Pilar sirve licor.)

PILAR Retacia, que te hará menos mal.

PEDRO Servido por ti el acíbar se volvería arrope, mañica.

ELENA Mira, bebe y calla. Que no tengo ganas de oír tonterías.

PEDRO No se enfade, doña Elena, que ya me voy. Hasta luego.

PILAR Adiós y... ten cuidadico.

(Pedro hace mutis. Al llegar a la puerta se vuelve a Pilar que lo mira y la echa un beso que ella recoge y devuelve.)

ELENA ¿Ha habido un telegrama?

PILAR Sí, señora. De Eduardo. Dice que no puede venir como esperaba.

ELENA ¡Todo sea por Dios! Ya me parecía mucha suerte el tenerle estas fiestas entre nosotros. ¿Y María Luisa dónde ha ido con este calor?

PILAR A casa de... de esa, de la Enriqueta dice que iba.

ELENA Pero, ¿no le da lacha tratarse con esa mujer?

PILAR No es eso lo peor. La va a traer aquí a ver los toros.

ELENA (Con estupor e indignación.) ¡Eh! ¿Que va a venir a mi casa? Eso sí que no. Hasta ahí podríamos llegar.

PILAR ¡Y qué vamos a hacerle, tía!

ELENA Que no y que no. En su casa mandará ella, pero aquí no dispone nadie más que yo, y lo qués en estos balcones no se pone esa... ¡Dios me perdone!

PILAR No se incomode usté, tía. No es cosa de que tengamos cada día un disgusto.

ELENA Demasiado me estoy conteniendo porque no se entere tu tío de más de cuatro cosas, que si las supiera... Por supuesto, que más vale así; pues si se enterara de lo que María Luisa está dando que hablar en el pueblo, no sé lo que haría con el genio que tiene.

PILAR Por eso vale más que lo ignore.

ELENA Por supuesto, que esto lo corto yo por lo sano. En cuanto venga Eduardo le digo lo que hace al caso.

PILAR Sera darle un disgusto.

ELENA Pero evitaremos otros mayores. Hasta el señor cura me ha dicho esta mañana que procuremos poner coto a las habladurías, pues en el pueblo no se habla de otra cosa que de su modo de vestir, de hablar y de...

PILAR Y más desde que se ha hecho amiga de la Enriqueta.

ELENA Solo eso la faltaba. Dios las cría...

PILAR ¡Hay que ver los vestidos que se ponen!

ELENA Más les valía ir como Dios manda. Yo no sé cómo Eduardo consiente que su mujer vaya enseñando... ¡Dios me perdone!

PILAR ¡Pues y los mejunges y charapotes que gasta!

ELENA Así está ese cuarto, que no se puede entrar de olor. Igual que eso de haber mandado traer una tina para bañarse todos los días. La muy... ¡Dios me perdone!

PILAR — Y no le da vergüenza de decirlo. Así están con ella todas las mujeres del pueblo.

ELENA — Las mujeres, ¿eh? Así están los hombres, que es peor.

PILAR — Si ella no les diera pie...

ELENA — Ayer la volvieron a ver paseando camino de la estación con esa Enriqueta y con don Antonio y el hijo de don Tomás. Por cierto que también a ti te hace arrumacos ese mequetrefe de Julio.

PILAR — (Sonriendo.) ¡Oh! No lo crea usté.

ELENA — Yo creo lo que veo y nada más. Y no soy yo sola la que lo ha observado, pues hasta dicen que te ha pedido relaciones.

PILAR — Sí; algo de eso me indicó María Luisa, pero ya la dije que podía quitárselo de la cabeza, pues de mí no se reía él ni nadie. Así es que esté usté tranquila.

ELENA — Por lo único que no lo estoy es por si se entera Pedro y tenemos un disgusto, pues ya sabemos lo bruto que es.

PILAR — No habrá motivo para ello.

(En la puerta de la escalera aparece MARIANO.)

MAR. — ¿Hay premiso?

ELENA — Adelante.

MAR. — A la paz de Dios.

PILAR — Con él venga, señor Mariano.

MAR. — ¿Ande está el señor Alcalde?

PILAR — Durmiendo la siesta.

MAR. — ¡Contra! ¿También hoy?

ELENA — También.

MAR. — Pus hay que despertalo.

ELENA — ¿Qué pasa?

MAR. — Que... hay que despertalo.

ELENA — ¿Pero qué es ello?

MAR. — Pus que dicen los toreros que no torean.

PILAR — ¡Otra! ¿Y por qué pues?

MAR. — Pus porque... no torean. Que son los toros muy grandes y... que no salen.

PILAR — ¿Y qué van a hacer?

MAR. — Ellos no lo sé; pero el señor Alcalde si sé lo que hará.

ELENA — ¡Y con el geniecico que se levanta de dormir! Anda, anda; llámalo. (Indicando la segunda izquierda.)

MAR. — (Con temor.) ¿Quién, yo? No, siñora.

PILAR — Si no hay más remedio... (Va hacia la puerta indicada, llamando desde su umbral.) Tío...

tío... Levántese, que está aquí el señor Mariano.

ELENA ¿Dónde están los toreros?

MAR. En cá doña Enriqueta. Allí están con todos los señoritos y señoritas del pueblo. También está allí doña María Luisa.

ELENA (Con asombro.) ¿En casa de esa Enriqueta había más mujeres? ¿Quiénes son?

MAR. Muchas. Las hijas del boticario, doña Escolástica, doña Amparo, la de don Anselmo...

ELENA ¡Qué vergüenza! Y luego dicen...

MAR. No tiene nada de particular. Todas son iguales, y... ustedes disimulen si he dicho una animalada.

ELENA Se están poniendo los tiempos que habrá que darte la razón.

MAR. ¡Contra! Aunque no me la den, la tengo.

PILAR ¡Eso falta que le diga usté, tía! Para él no hay ninguna mujer buena.

ELENA Todas no somos iguales.

MAR. ¡Qué sé yo! Podría contar las buenas con los dedos y... aún me sobraría una mano. Y ustedes disimulen...

PILAR El tío no sale.

ELENA Se habrá dormido otra vez. (Va hacia la puerta, llamando.) Chico... Felipe... Vamos, hombre, levántate, que te están esperando. (A Mariano.) ¡Claro! Está el pobre cansado del trajín de estos días. Ya tengo ganas que se pasen las fiestas.

MAR. Y yo.

PILAR ¿Ha venido mucha gente?

MAR. Mucha.

(DON FELIPE sale de su cuarto. Va en mangas de camisa, con los ojos soñolientos y malhumorado el semblante.)

FEL. Qué, ¿ya es hora?

MAR. No, siñor.

FEL. ¿Entonces a qué?...

MAR. Es que vengo a dicile lo que pasa.

FEL. ¿Qué es ello? (Se acerca al velador cogiendo un pastel, que comerá.)

MAR. Pus que dicen los toreros que no torean.

FEL. (Con estupor.) ¿Eh?

ELENA ¿Ya vas a empezar la bandeja?

FEL Principio quieren las cosas. Y ¿por qué no torean?

MAR. Porque dicen que son muy grandes.

FEL. ¿Quién?
MAR. Los toros.
FEL. ¡Otra que Dios! ¡Qué culpa tenemos nosotros de que hayan crecido tanto!
MAR. ¡Claro!
FEL. ¿Y tú qué les has dicho?
MAR. Pus que .. ellos habían venido a torear y que tenían que torear, y que si no toreaban ellos a los toros, los torearían los mozos a ellos.
FEL. Muy bien. (Coge otro pastel.) De módo que son grandes, ¿eh?
ELENA Sí; los más grandes son esos.
FEL. ¿Cuáles?
ELENA Los pasteles que te estás comiendo.
FEL. Yo no soy como esos que reparan en el tamaño.
ELENA Ya, ya lo veo.
MAR. Y tambien les he dicho que tuvieran cuidadico con usted, porque tenía malas pulgas.
FEL. ¿Y qué han dicho?
MAR. Que si tiene usted pulgas se las rasque.
FEL. (Que iba a llevarse el pastel a la boca, se detiene mirando a Mariano con estupor.) ¿Eso han dicho?
MAR. Eso.
FEL. (Poco a poco va mostrando su cólera.) Conque... conque me rasque, ¿eh? Arrea, tráetelos aquí.
MAR. Dicen que se van.
FEL. ¿Dónde?
MAR. A la estación.
FEL. Conque... a la estación, ¿eh? Arrea, has lo que te he dicho.
MAR. ¿Y si no quieren venir?
FEL (Con terquedad baturra.) Los traes.
MAR. ¿Y si se van?
FEL. Los traes.
MAR. ¿Pero y si se han marchau ya?
FEL. Los traes, ¡rediez! ¡Cómo se dicen las cosas!
MAR. Está bien, siñor Alcalde. (Mutis.)
PILAR ¡Pobre gente!
ELENA Si ha de haber las desgracias de otros años, más vale que no toreen.
FEL ¿Entonces a qué han venido?
PILAR Pero, ¿y si tienen miedo?
FEL Peor pa ellos.
PILAR ¿Y si los cogen?
FEL. Peor pa ellos.
PILAR ¿Y si no quieren?

FEL. Peor aún. (Coge otro pastel.)

ELENA Déjalo, déjalo. Que a tu tío cuando se le mete algo en la cabeza, es como cuando se le pone delante algo de comer.

FEL. ¿Pero esto lo has puesto aquí de adorno, u qué?

ELENA Eso está para obsequiar a los que vengan, pero a este paso...

FEL Pues ya he venido yo.

(Pilar acércase al balcón entreabriéndolo y mirando al exterior.)

PILAR ¡Qué barbaridad! Ya está la plaza llena de gente.

FEL ¿Por qué no abres el balcón?

ELENA Porque hace mucho calor. Y tú, ponte la chaqueta, que va a empezar a venir gente y te van a encontrar en mangas de camisa. (Entra en el cuarto de don Felipe.)

FEL. ¿Dónde está... esa?

PILAR ¿Quién?

FEL María Luisa.

PILAR Ha salido. Dijo que luego vendría.

FEL. (Con enfado.) ¿Y por qué no has ido con ella? Ya te tengo dicho que... (Se detiene al ver a DOÑA ELENA, que sale con una americana que se pone don Felipe.)

ELENA ¿Qué decías?

FEL. Nada, que... debe ser hora de empezar.

ELENA Qué, ¿no tendremos algún disgusto con la corrida?

FEL. (Con extrañeza.) ¿Por qué?

ELENA Por lo que ha dicho el cabo de la Guardia Civil. Que la había prohibido el Gobernador.

FEL. Como si la hubiera prohibido el Padre Santo. Bastante me importa a mí.

ELENA Pues el año pasado te echaron buena multa.

FEL. Pero hubo toros.

ELENA Y este año ha dicho el cabo que pueden procesarte.

FEL. Aunque me ahorquen. El Gobernador mandará en la provincia, pero en el pueblo mando yo.

(En el interior de la casa se oye el rumor de gente que se acerca.)

PILAR Ya están aquí esos.

FEL Ahora veremos quién es el que se rasca.

ELENA No vayas a hacer una barbaridad con esos pobretes.

(Entran en escena EL NIÑO BONITO, EL CHINITA y EL CASCARRIAS. Son tres torerillos de invierno acostumbrados a viajar en los topes del ferrocarril y a matar más hambre que toros. Traen los capotes y avíos bajo el brazo. En su actitud demuestran el pánico ante el dilema de ponerse frente a los toros o delante del Alcalde, que saben cómo las gasta.

Tras ellos salen MARIANO, MARÍA LUISA, ENRIQUETA, JULIO, PEDRO, DON TOMÁS, un CABO DE LA GUARDIA CIVIL y algunas SEÑORAS y SEÑORES. Todos entran riendo y bromeando llenos de curiosidad por presenciar la escena que se prepara.

Las mujeres saludan a doña Elena y Pilar que demuestran su contrariedad al ver a Enriqueta. Los hombres saludan a don Felipe.

Entre los reunidos, vestidos todos con lujo pueblerino, destacan los trajes de María Luisa y Enriqueta que visten con exquisito gusto y refinada elegancia y coquetería. Julio también se distingue por su buen porte, vistiendo un elegante traje de sport.

Pilar abre el balcón, iluminándose la estancia con la luz del sol que refleja en la plaza y que la amortigua un toldo que se halla corrido en el exterior.

En la escena hay gran animación. Los personajes forman diversos grupos.

María Luisa, Enriqueta y Julio. Doña Elena y alguna señora. Pilar y Pedro, etc., etc. Los toreros en el centro; a su lado don Felipe, y al otro lado Mariano.

Como esta escena es de difícil acotación por la cantidad de personajes que la integran y las diversas actitudes que deben adoptar, el autor sólo ha puesto las acotaciones indispensables, confiando a la Dirección la colocación de las figuras y las risas y exclamaciones que han de lanzar durante el diálogo.)

MAR. Aquí están estos gurriones, siñor Alcalde. (Todos quieren hablar intercediendo por ellos, armando un bullicio que no se entiende nadie.)

FEL. (Imponiéndose a todos.) Silencio; a ver si callamos, ¡rediez! Que si todos hablamos, es como si no hablara nadie. (Todos callan.)

N. BON. Mú güenas tardes, zeñor Alcalde. ¿Está ozté güeno?

FEL. Luego te lo diré.

CHIN. Con permiso de su Ilustrisisima...

FEL. ¡Chits! Baja, baja el pistón.

N. BON. Es que este, ¿sabe ozté? no tié costumbre de tratar con personas, ¿sabe ozté? Y si su Excelencia me permite...

FEL. Dejaros de titulicos y de gaitas. Vamos a ver. ¿Quién es «El Niño Bonito»?

N. BON. Servidor.

FEL. (Se lo queda mirando con asombro al comparar su apodo con su extremada fealdad.) ¡Rediez! ¿Tú? ¿Y quién te puso ese mote?

N. BON. (Amoscado.) Verá usté. El mote no está mal puesto. Lo que no está muy bien que digamos es la cara. Pero todo es acostumbrarse.

FEL. Tienes razón, pero... pa acostumbrarse, hace falta un ratico.

N. BON. Mú largo; sí señor.

FEL. Vamos a ver. ¿Quién ha dicho que no torea?

N. BON. Verá usté...
CHIN. Nosotros...
CAS. Estos dicen...
(Muy rápido.)

FEL. ¡Chits! Con que habléis uno tengo bastante. ¿Quién es el primer espada?

N. BON.
CHIN.
CAS.
(Señalándose mútuamente.) Este.

FEL. ¿Los tres?

N. BON
CHIN.
CHIN.
(Idem.) No, señor. Este es.

FEL. Está bien. Hay tres toros, uno para cada uno.

MAR. Siñor Alcalde. El primer espada es el... Niño Jesús ese. (Por el Niño Bonito.)

N. BON. Señor Alcalde, verá usté. Nosotros hemos venido...

FEL. A torear.

N. BON. A torear, sí, señor; pero a torear toros.

FEL. ¡Otra que Dios! Y eso que os guardamos, ¿qué son?

N. BON. Eso... eso no son toros, señor Alcalde. Son tres catedrales.

CHIN. Catedrales, sí, señor.

CAS. Con campanarios y todo.

FEL. Qué campanas ni qué... badajos. ¿Son toros?

N. BON. Sí, señor; pero... son muy grandes.

FEL. Mejor. Así tendráis más sitio donde pinchar.

CHIN. Y encima, tienen unos cuernos...

FEL. ¿Dónde queríais que los tuvieran, debajo?

CAS. No, señor Alcalde. Pero... ¡hay que ver la astadura que tienen!

CHIN. Y por si era poco, les han limao las puntas.

FEL. Por eso no os apuréis. Ya les pondremos unos corchicos.
N. BON. Y al toro ese berrendo, lo he visto yo ya en otra plaza.
FEL. Quiá.
N. BON. Que sí, señor. Que a ese toro lo conozco yo.
FEL. ¿Estás seguro?
N. BON. Como lo estoy viendo a usté.
FEL. (Amenazándole.) A ver si te voy a quitar yo la vista. ¡Rediez con la comparación!
CHIN. Usté dispense, señor Alcalde. Este quiere decir que ese toro está muy corrido.
FEL. Pero qué ha de estar corrido, si desde el año pasado lo hemos tenido encerrado en el corral.
N. BON ¡Mi madre!
CHIN. ¡María Santísima! (Con pánico.)
CAS. ¡Arrima!
FEL. ¿Qué os pasa?
N. BON. ¿De modo y manera que ya lo atorearon el año pasao?
FEL. Y bien bravo que salió.
MAR. Lo tuvimos que encerrar porque no había quien lo toreara.

(Los tres toreros no pueden disimular su terror En los demás personajes se aumenta el regocijo.)

FEL. Como que despanzurró a diez o doce que se le pusieron delante.
N. BON ¡Señor Alcalde!
CHIN. ¡¡Y quiere usté que matemos eso!!
FEL. ¡Claro! No lo vamos a dejar pa el año que viene.
N. BON. (Con resolución.) ¿Hay cárcel en este pueblo?
FEL. ¿Pa qué?
N. BON. Para que nos lleve usté ahora mismo.
FEL. Quiá.
MAR. Eso quisieran, siñor Alcalde. Que los mantuviéramos unos días.
FEL Ya, ya.
N. BON. (Suplicante.) No, señor Alcalde.
FEL. Nada, nada. Vosotros habéis venido aquí a torear y torearáis. Y si no salís a la plaza con los toros, os meteremos con ellos en el corral.

(Los tres caen de rodillas, suplicantes, casi llorando.)

N. BON. ¡Por los clavos de Cristo!
CHIN. ¡Por su madre de usté!
CAS. ¡Por la Virgen Santísima!

(Los demás personajes, que han presenciado la escena con el mayor regocijo, se compadecen de la actitud de los tres desgraciados y se aproximan a don Felipe intercediendo por ellos.)

ELENA ¡Ea! Ya es bastante. (A don Felipe.) No les hagas penar tanto a los pobrecicos. (A los maletas.) Y vosotros levantaros y no tengáis cuidau, que no os pasará nada.

MAR. ¿No os da vergüenza decir que les tenéis miedo?

PEDRO Nosotros no somos toreros, y sin embargo saldremos.

N. BON De boquilla.

PEDRO Y de hecho.

M. LUI. Mirar que en este pueblo son muy toreros.

N. BON. Pero, señorita, si con los siete duros que nos dan para los tres, no vamos a tener ni para árnica.

FEL ¿Os parece poco? Cinco duros les dimos a los del año pasado.

MAR. Y pa eso tenían que dejase coger.

M. LUI. Ea, tranquilizaros. El señor Alcalde es muy bueno y si ve que no podéis con ellos, se conformará con que los toréis.

ENR. Y si os portáis bien, os regalaré un par de duros a cada uno.

JULIO Y yo lo mismo.

N. BON. (Que no da crédito a lo que oye.) ¡Eh! ¡Pero qué dicen!

M. LUI. Y yo os daré, para que os las repartáis, las cincuenta pesetas que pensaba regalar al matador.

N. BON.
CHIN. } (Rápido.) Muchas gracias.
CAS

FEL. Lástima que no haya un primer espada.

N. BON. (Rápido.) Sí, señor. Un servidor.

CHIN. (Idem.) Diga usté que no. Que soy yo.

CAS. (Idem.) Qué vais a ser vosotros. El único que mata aquí, soy yo.

M. LUI. ¿Como se entiende? Antes ninguno y ahora los tres.

N. BON. ¡Pero, señorita, si por cincuenta pesetas soy capaz de matar seis miuras!

FEL. No apurarse que pa los tres hay tajo, y andando que va siendo hora.

N. BON. Cuando usté quiera.

JULIO Y a ver cómo os portáis.

N. Bon. Usté lo verá.
Chin. Se hará lo que se pueda.
Fel. Esperar. (A Pilar.) Dales algo de beber.
N. Bon. Muchas gracias, señor Alcalde.
Pilar Ea, acérquense y cojan una tortica.
N. Bon. Prefiero que me la dé usté, pues servida por esas manos me va a saber a gloria.
Pedro Entonces, cógetela tú, porque no te va a saber más que a torta y... gracias.
N. Bon. Usté dispense, pero yo creo que no la he faltao.
Pedro Te hubieras librau bien de ello.
Julio (Riendo.) Ja... ja. No te enfades, Pedro, que no te quita la novia.
Pedro De eso esté usté seguro, señorito Julio... (Con intención.) Ni éste ni nadie.
M. Lui. Ja, ja, ja! No seas tan celoso, Pedro. Trae, yo les serviré.- (Coge la bandeja ofreciéndoles pastas.)
N. Bon. Muchas gracias, señorita. Pero no conviene que toque usté estos pasteles.
M. Lui. Ja, ja. ¿Por qué?
N. Bon. Porque los iba a volver usté carbón.
M. Lui. ¡Oh! Muchas gracias.
N. Bon. Por muchas gracias que dé usté, siempre le va a quedar su cuerpo lleno de ellas.
Elena Bueno, bueno. Menos conversacion y largarse.
Fel. Y no comer mucho; porque para lo que os va a durar en la tripa...
N. Bon. ¿Pues?...
Mar. En cuanto salga el berrendo, os va a echar fuera todo lo que tengáis dentro.
N. Bon. ¡Sí que tiene usté mala pata, amigo!
Fel. Arreando, que se hace tarde.
Julio Y buena suerte.

(Se dirigen hacia la escalera, por la que hacen mutis los toreros, Mariano y algunos señores.)

Fel. Y ustedes cojan un pastel para echar una copa antes de marchar.
Tomás Se agradece, pero aún tengo la comida aquí.
Fel. Como quieran; lo dejaremos pa después. ¿Viene usté al Ayuntamiento?
Tomás Si hay sitio...
Fel. ¡Pues no ha de haber! En aquellos balcones cabemos todos. (A las señoras.) Ustedes se quedan aquí, ¿no?
Una Sí; nosotras nos quedamos con doña Elena, si no hay inconveniente.

ELENA No faltaba más. Ustedes están en su casa.

FEL. Pues hasta luego. (*Vase seguido de don Tomás y los señores que se hayan quedado. Julio se queda hablando en voz baja con Pilar. Pedro también se va, pero al llegar a la puerta se vuelve, y al ver a Julio se detiene.*)

ELENA (*A María Luisa.*) ¿Dónde te vas a colocar?

M. LUI. ¡Oh!... En cualquier sitio, donde ustedes quieran.

ELENA Nosotras nos vamos a otro balcón. (*A las señoras.*) Venga usted, doña María, y ustedes también, que todas cabemos.

ENR. Pilar se queda con nosotras.

ELENA (*Bruscamente.*) No. Pilar viene donde yo esté. (*A Pilar.*) Ven aquí. (*Mutis con las señoras por la segunda izquierda.*)

PILAR Ahora voy, tía.

PEDRO (*Conteniendo su impaciencia.*) ¿No viene usté, señorito Julio?

JULIO ¿Eh? Sí; ahora mismo.

PILAR (*A Pedro.*) Y ten mucho cuidadico, no nos des un disgusto.

PEDRO No tengas cuidau.

M. LUI. Pero, ¿va usté también a torear?

PEDRO ¡Otra! Claro está.

JULIO Sí; salen todos los mozos.

M. LUI ¡Qué atrocidad! Habrá muchas desgracias.

PEDRO Quiá.

M. LUI. ¿Y no tienen miedo a una cornada?

PEDRO Quiá.

M. LUI. ¿Y si coge a alguno?

PEDRO Ya lo soltará.

M. LUI. ¿Y si lo mata?

PEDRO Lo enterramos.

M. LUI. ¡Qué bárbaros!

JULIO Es un espectáculo poco culto, pero muy divertido.

ENR. Tú no hables, que también has sido de los que salían.

M. LUI. ¡Cómo! ¿Usted?

PILAR Y que toreaba muy bien.

JULIO Sí; tenía afición, pero ya...

PEDRO (*Con sorna.*) Ya no se atreve.

JULIO ¡Hombre!... ¡Tanto como no atreverme!... Querrás decir que...

PEDRO Que eso no es pa los señoritos.

ENR. Eso no. Que tan señorito como ahora lo era antes, y ninguno lo hacíais como él.

JULIO — Y aun ahora, si quisiera, puede ser que no fueras tú el que entregaras a Pilar la moña.

PEDRO — (Conteniendo un brusco movimiento de despecho.) Sería porque me la quitaría usté.

JULIO — Es posible. (Algo amoscado.)

PILAR — (Viendo el giro que va tomando el diálogo, interviene.) Anda, Pedro, anda. Que no vas a coger sitio.

PEDRO — ¿Tienes muchas ganas de que me vaya?

PILAR — ¿Yo? No; pero... es que...

PEDRO — Ya, ya me voy. (A Julio, con aire de pendencia.) Y desengáñese usted, señorito. Cada cosa, pa su cosa. Lo de los señoritos, pa los señoritos; lo de los mozos, pa los mozos.

M. LUI. — (Provocativa, excitando a Julio.) Ja... ja.. Pero, oiga usted, Pedro, ¿acaso cree usted que los señoritos no hacen lo que ustedes hagan?

PEDRO — Quiá.

PILAR — Sí, hombre, sí. ¿Por qué no lo han de hacer?

PEDRO — ¡Ah! ¿También tú?

JULIO — (Queriendo echarlo a broma.) Pues claro, hombre, claro.

PEDRO — Pues yo le digo a usted, que no. Y si quiere, pronto lo podemos probar. Usted ha dicho que si quisiera era fácil quitarme la moña que yo he de arrancar al toro pa ésta. (Por Pilar.) ¿Entiende usted? Pa ésta. Pues vamos a verlo. Coja usted un capote y veremos quién es más fuerte.

JULIO — (Conteniendo su irritación.) No hace falta eso, Pedro. Sabes que el uniforme me impide cometer las locuras de otros años.

PEDRO — Ahora no va usted de militar.

JULIO — No importa. Además, que tampoco intentaría quitarte lo que por derecho corresponde a Pilar. Pero... (Recalcando la frase.) también yo soy fuerte, Pedro; también yo soy fuerte.

PEDRO — Quiá.

JULIO — ¿No? Y te echo el pulso.

PEDRO — ¿A mí? Quiá.

JULIO — Lo digo y lo pruebo. (Coge una silla, poniéndola en el centro de la escena.)

PEDRO — Pero... ¿lo dice usted en serio?

JULIO — Nunca hablo de otra manera. (Poniendo el codo en un extremo del respaldo de la silla.) Aquí estoy.

PEDRO — (Rápidamente se coloca en el extremo opuesto, cogiéndose las manos, disponiéndose a pulsear.) Y yo aquí.

PILAR (Con sobresalto e inquietud.) Pues yo no quiero, ea. Que esos juegos no son de mi gusto.

M. LUI. Déjalos, tonta. ¿No ves que todo es una broma?

ENR. Así veremos quién lleva la razón.

PEDRO ¡Otra! Pues yo. (A Julio.) Cuando usted quiera.

JULIO Ya.

(Los dos pulsean, haciendo esfuerzos por vencerse, estando las fuerzas muy igualadas. Ligera pausa. Ellas, anhelantes, contemplan con gran interés la lucha.)

PEDRO Sí que tiene usted fuerza.

JULIO Pues tú no tienes menos.

(En los dos se notan los desesperados esfuerzos que hacen. Sus rostros se congestionan y en sus brazos se ve el temblor de sus músculos puestos en tensión.)

PILAR (Anhelante, anima a Pedro.) Pedro... que te puede...

M. LUI. (Idem, a Julio.) Julio... que le vence...

(Pedro va perdiendo terreno.)

PILAR Pedro... Pedro.. que pierdes...

M. LUI. ¡Bravo! ¡Bravo!

(Con un desesperado esfuerzo, Julio consigue dominar a Pedro.)

ENR. (Palmoteando, llena de alegría.) Muy bien...

M. LUI. (Idem.) ¡Bravo, bravo, Julio!

PILAR (Con desaliento a Pedro, que se halla anonadado.) ¡Pedro! ¡¡Te ha podido!!

PEDRO (Que no puede ocultar su vergüenza y furor al oir a Pilar vuelve a colocarse en la actitud anterior, mirando con profundo odio a Julio.) La revancha.

JULIO (Sonriente.) Te la doy, Pedro. Pero sin enfadarte, que todo es broma...

PILAR (Interponiéndose con energía.) Pues yo digo que no, y no.

PEDRO (Amenazador.) ¡Pilar!

PILAR (Con más energía.) Que no, he dicho. Que a pulsear me ganaréis; pero a tozuda, no.

JULIO Como usted quiera.

PEDRO Pues yo... con usted.. (El furor ahoga la voz en su garganta. Demuestra los sobrehumanos esfuerzos que hace por contenerse, y no sabiendo qué resolución tomar, tras de mirar a todos, abandona precipitadamente la estancia, humillado, amenazador... Enriqueta y María Luisa sueltan la carcajada. Pilar las mira con odio y hace mutis por la segunda izquierda.)

M. LUI. Ja... ja... Pobre Pedro! Se va hecho una fiera... Ja... ja...

ENR. Ja... ja... Tampoco a Pilar le ha sentado muy bien.

JULIO Yo lo he sentido, pues es un buen chico; pero no era cosa de despreciar sus retos ni dejarme vencer.

M. LUI. Y ha hecho usted bien, pues en caso contrario, nos hubiera lastimado a nosotras.

JULIO ¿Pues?

M. LUI. Al fin y al cabo, usted era nuestro paladín. Ja... ja...

ENR. Y que ha quedado como un héroe...

(En la plaza se oyen los acordes de la banda de música del pueblo, que toca, peor que medianamente, un pasodoble. Al oirlo, María Luisa y Enriqueta van hacia el balcón, descorriendo el toldo, viéndose entonces el otro extremo de la plaza. Desde este momento, debe darse al público la sensación exacta de la fiesta que se supone se está celebrando. A los acordes de la música, que cesará a su tiempo, se unirán las voces y gritos del pueblo que se aglomera en la plaza. Este cuadro debe ensayarse con el mayor esmero para graduar las voces del exterior en forma que no entorpezcan el diálogo ni distraigan la atención del público. Julio dispónese a marchar.)

JULIO Bueno, pues con su permiso...

M. LUI. ¡Cómo! ¿Se va usted?

JULIO Sí. Quizá no le agrade a doña Elena verme aquí, siendo el único hombre que hay en la casa.

ENR. ¡Oh! Por eso no lo hagas. Tampoco a mí me reciben con agrado, y sin embargo no hago caso.

M. LUI. Pero Julio quizá tenga otro sitio que le sea más agradable. ¿Verdad?

JULIO (Mirándola con intención.) Demasiado sabe usted que no.

(Enriqueta se coloca en el balcón apoyada en la barandilla de espaldas a ellos, que se hallan en el centro de la escena.)

M. LUI. (Con coquetería.) Ja... ja... No sea usted así y venga al balcón.

JULIO No, no...

M. LUI. ¿No quiere usted estar a mi lado?

JULIO No se burle usted, María Luisa. Sabe que mi deseo es ese: estar a su lado, pero a solas, donde pueda decirla cuánto la adoro.

M. LUI. (Fingiendo una severidad que contrasta con un aire frívolo e insinuante.) ¡Chits! Cállese usted. Le

he dicho mil veces que me ofende con esas palabras, sólo disculpables en quien ignorara que soy una mujer casada.

JULIO — Ya lo sé, María Luisa. Perdóneme, pero es más fuerte mi pasión que los razonamientos.

M. LUI — Además, que con sus imprudencias va a hacer que sospeche mi familia y...

JULIO — Esté usted tranquila. Creen que mis asiduidades en esta casa son por Pilar, y yo sigo haciéndolo creer así insinuándome con ella.

M. LUI. — ¡Oh! Eso es cruel. Pilar pudiera creerlo y su desengaño sería horrible. Además, debe usted tener cuidado; Pedro es brutal, vengativo, y pudiera...

JULIO — Nada de eso me inquieta. Por usted arrostraría todos los peligros.

M. LUI. — (*Entre enfadada y coqueta.*) ¡Chits! No sea usted niño. (*Mira con inquietud en derredor.*) Es una locura lo que está usted haciendo.

JULIO — Sí; ya lo sé, María Luisa. Soy un niño, un loco; sí. Pero loco por usted, loco por su cariño...

M. LUI. — Julio, sea usted formal y así seremos buenos amigos. Deseche de su pensamiento lo que nunca ha de ver realizado.

JULIO — ¡Oh! No, no. Déjeme usted soñar. Concédame, al menos, una esperanza. Seré un loco, un insensato, pero no soy solo el culpable. Es usted por haber nacido tan hermosa. Es la fatalidad que la ha puesto en mi camino para mi ventura o mi desesperación.

M. LUI. — ¡Oh! ¡Qué bonito es eso! Ja... ja..

JULIO — Por piedad; no se burle usted, no sea tan cruel.

M. LUI. — Pero, ¿quiere usted que lo tome en serio?

JULIO — ¿No ve usted que destroza mi alma?

M. LUI. — Ea, seamos juiciosos. No siga usted. Entre los dos se alza una barrera infranqueable. No he de negarle que me ha sido usted agradable... simpático, pero soy una mujer esclava de sus deberes. Me debo a mi esposo y...

JULIO — ¡María Luisa! Usted no es feliz con su marido, no puede serlo. Aunque lo jure no he de creerla. (*Cada vez más apasionado.*) Un hombre que prefiere la fama de su profesión al amor de su mujer, es que no la quiere. Si su marido la quisiera, no permanecería tan-

to tiempo alejado de usted. Estaría como estaría yo: a su lado siempre, contemplándola, adorándola, abrasándome en el fuego de sus miradas, consumiendo mi existencia entre sus brazos, haciendo que la vida fuera para usted un oasis de felicidad, una ráfaga de placer...

M. LUI. (Emocionada, anhelante.) ¡Por Dios! Julio... Váyase, váyase.

JULIO ¿Me echa usted?

M. LUI. ¡Oh! No, no; pero...

JULIO Sí; me voy. Pero prométame que me concederá una entrevista.

M. LUI. ¿Para qué, si nada ha de conseguir?

JULIO Aunque así sea. Para demostrarla a usted mi cariño. Para probarla que estoy dispuesto a los mayores sacrificios por usted.

M. LUI. ¿Y si el sacrificio que yo exija es de que olvide?

JULIO Si usté lo exige sabré ocultar mi pasión en lo mas recóndito de mi alma. Sabré adorarla en silencio, devorando a solas mi sufrimiento, dejando que en mi corazón se anide una esperanza...

M. LUI. ¿De veras?

JULIO Se lo juro.

M. LUI. Pues bien, lo pensaré.

JULIO ¿Cuándo nos veremos?

M. LUI. No lo se...

JULIO Esta noche.

M. LUI. ¿Esta noche? Imposible.

JULIO En casa de Enriqueta. Esta noche hay fuegos artificiales y no extrañará a nadie que usted vaya a presenciarlos.

M. LUI. ¡Oh! No me atrevo...

JULIO Nadie ha de sospechar...

(Oyese en la plaza un toque de clarín y un gran vocerío.)

ENR. Ea, dejar ya la charla, que han soltado el toro.

JULIO ¿Irá usted?

M. LUI. Procuraré...

JULIO ¡Oh! Gracias... (Rápidamente la besa en la mano.)

(María Luisa corre hacia el balcón. La atención de ésta y Enriqueta está fija en los incidentes de la lidia que se supone se está celebrando. Julio pásase el pañuelo por su frente sudorosa, y excitado, nervioso, se dirige hacia el balcón.)

M. Lui. (Sin quitar su vista de la plaza.) ¡Qué barbaridad! Es demasiado grande ese toro... (Da un chillido.) ¡Ay! Casi lo coge...

(Poco a poco va aumentando en ellas el entusiasmo, palmoteando, gritando, chillando, etc.)

Enr. ¡Bravo! ¡Qué bien torea ese muchacho! ¡Ay! Lo cogió...

M. Lui. No es nada. ¿Ves? Ya se levanta...

Enr. Mira, Julio. ¡Qué valiente está Pedro! Quiere quitarle la moña.

M. Lui. ¿Pero qué es eso de la moña?

Julio La moña esa que lleva como divisa la hacen las mozas del pueblo y el mozo que logra arrancarla al toro es considerado por ellas como el más valiente.

Enr. Y él la ofrece a la moza de su agrado.

M. Lui. Pues hasta ahora no hay quien se atreva. Mire, mire cómo corre aquél mozo... Ja... ja... qué revolcón.

Julio ¿Le gustan a usté los toros, María Luisa?

M. Lui. Muchísimo. En Madrid no pierdo una corrida.

Julio ¿Y qué es lo que más la agrada de la fiesta?

M. Lui. Todo. Admiro el valor de esos hombres que se juegan la vida a cada instante y comprendo que haya mujeres que se enamoren de ellos.

Julio Si eso fuera cierto sería yo capaz de hacerme lidiador.

M. Lui. (Riendo.) Ja... ja... Si los cuernos fueran de goma.

Enr. (Idem.) O salieran amarrados.. Ja... ja... Mira, mira ese qué desgarrón le ha hecho en los pantalones.

M. Lui. Y la divisa sigue sin que nadie la coja.

Enr. Cualquiera se acerca al bicho ese.

Julio ¿Le gustaría a usted poseerla?

M. Lui. Tendría ese capricho. Pero... no hay ningún mozo que me la pueda ofrecer.

Julio (Con resolución.) Yo.

M. Lui Ja... ja .. ja... ¿Usted?

Julio Sí; yo.

M. Lui. (Provocativa.) ¿Sería usted capaz de bajar a la plaza?

Julio ¿Irá usted esta noche a casa de Enriqueta?

M. Lui. Si baja usted, sí. Ja... ja... (Julio se la queda mirando fijamente, y con un brusco movimiento de decisión hace mutis rápidamente por la primera iz-

quierda. Las dos se quedan riendo y contemplando la corrida, lanzando chillidos y frases apropiadas. Transcurridos unos instantes se supone que Julio ha entrado en la plaza.) ¡Ah! Pues lo ha tomado en serio..

ENR. ¿Quién?

M. LUI. Julio. Mira, mira por dónde sale.

ENR. ¡Es verdad! ¡Habrase visto! ¡Qué locura!

M. LUI. Y qué temeridad. Y va hacia el toro...

ENR. Si torea muy bien.

M. LUI. Es valiente... Ya está... (Aplaudiendo.) Muy bien, muy bien... ¡Bravo! ¡Cuidado! ¡Cuida...! ¡Ay!...

(Ambas lanzan un grito de horror, cubriéndose el rostro con las manos, separándose del balcón. En la plaza óyese un espantoso clamoreo. Por la segunda izquierda salen DOÑA ELENA, PILAR y demás SEÑORAS lanzando gritos y exclamaciones de terror.)

ELENA ¡Dios mío! ¡Qué horror!

PILAR ¡Lo ha matado!

TODAS ¡¡Lo ha matado!!

(Todas se precipitan hacia la puerta menos María Luisa que se halla casi desvanecida apoyada en Enriqueta. En la plaza se aumenta la confusión y el espanto producido por la horrible cogida de Julio. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración anterior. Es de noche.

—

(En torno del velador y bajo una lámpara encendida, se hallan DON FELIPE, DON TOMÁS y EL CURA, jugando a las cartas. En un sillón, apartada del grupo, DOÑA ELENA. En la planta baja de la casa se está celebrando el santo de PILAR, con un baile, oyéndose el rasguear de las guitarras tocando la jota, cuyas coplas cantará de cuando en cuando, una voz de hombre. El rumor y carcajadas de la reunión, se mezclan con el repiqueteo de castañuelas de las supuestas parejas que bailan. Todo ello se escucha confusamente, cesando cuando se indica. Pausa.)

FEL. (Jugando, al Cura.) No; lo qués esta vez no las canta usté.

CURA (Con mucha calma.) Está bien, está bien. Allá veremos.

TOMÁS ¿A ver, a ver esa baza?

CURA Mírela; el tres he echado.

TOMÁS No. Digo la anterior.

CURA ¿Pero es que voy a estar toda la noche enseñando las bazas?

TOMÁS (Va a mirarlas.) Pero hombre...

CURA (Estorbándole.) Pero canastos, digo yo. Mire usted la última, nada más.

TOMÁS Es que no me acuerdo si ha salido...

CURA Pues, hijo, hay que tener memoria.

FEL. Y hay que jugar. A ver qué tal le sienta esa.

CURA Para ésta, no está mal.

TOMÁS Fallo.

CURA Y yo.

FEL. Arrastro.

CURA Muy bien, muy bien. Con que... arrastra, ¿no?

TOMÁS Vamos, juegue usted.

CURA Calma, calma; que todo se andará.

TOMÁS Si le costara tanto tiempo decir la misa...

CURA Hasta mañana a las ocho que la digo, si Dios quiere, no tengo prisa. (Siguen jugando. Tras breve pausa, se oye una copla y cesan las guitarras y las castañuelas.)

CURA Pero cuándo se cansarán de bailar esos chicos.

TOMÁS Y usted cuando se cansará de echar bastos.

CURA Ahora mismo. ¿Ve usted?

FEL. ¿Pero aún le quedaba a usted esa?

CURA Claro está, criatura de Dios. Las cuarenta me las han podido quitar, pero las diez de últimas...

TOMÁS Pues me parece que han perdido.

(Aparece PILAR por la primera izquierda. Entra precipitadamente sofocada, sudorosa, jadeante, quitándose de sobre los hombros el pañuelo, que dejará sobre una silla próxima, a la puerta de entrada.)

PILAR Uf, ¡qué calor! ¿Aún dura la partida? Y usted tía, ¿qué hace aquí tan solica?

ELENA Ya lo ves.

CURA ¡Oh! ¡Oh! ¡Cómo viene esta criatura!

ELENA Pero, mujer, no te quites el pañuelo, que vas a pillar una pulmonía.

PILAR Quia.

TOMÁS ¿Cuanto bailas?

PILAR Mucho.

CURA ¡Bonito pañuelo llevas, Pilar!

PILAR ¡Muy bonito! Me lo trajo Pedro, de Zaragoza.

ELENA ¿Hasta cuándo va a durar el jaleo?

PILAR Hasta que usted quiera, tía; pero es temprano.

FEL. Es verdad. Aún no ha salido el sol.

CURA Para mí ya va siendo tarde.

TOMÁS ¿No echamos la última?

CURA Mañana, si Dios quiere.

FEL. Pilar. Tráenos unas torticas y algo de beber para echar la despedida.

CURA ¡Pero hombre!; si hace un momento hemos comido.

FEL. ¡Otra! ¡Cuántas veces dice usted en un ratico *Dóminus vobiscum*?

PILAR (A doña Elena.) Vamos, tía, levántese y baje, que todos preguntan por usted.

ELENA Déjame, déjame en paz.

FEL. Tiene razón la chica. ¿Qué haces ahí?

ELENA Calderos.

PILAR ¿Pero es que está usted mala?

ELENA No lo quiera Dios.

CURA Algo le sucede a usted, mi respetable doña Elena.

ELENA Nada, que no tengo ganas de hablar.

FEL. (Mirando asombrado a su mujer.) ¡Rediez! ?Qué no tienes ganas de hablar? Señor Cura, confiésela en seguida, que mi mujer se está muriendo. (Todos ríen la broma.)

ELENA (Enfadada.) Tú eres el que debías de... ¡Alabado sea Dios! Iba a decir un disparate.

CURA ¡Pero, doña Elena! No tome usted en serio las bromas de su esposo. Todos sabemos cómo las gasta.

PILAR Vaya un genio que gastan todos hoy, por ser día de mi santo.

ELENA ¡Te puedes quejar! Si no hubiera sido por no disgustarte, ¿íbamos a consentir el jaleo que estais armando abajo?

PILAR ¡Pero, tía! Todos los años hemos celebrado este día y han venido mis amigas a bailar...

ELENA Otros años, son otros años, y éste...

CURA ¿Y doña María Luisa? No la hemos visto en toda la noche.

PILAR En su cuarto está. Cenó y se puso a leer, sin querer bajar tampoco. Y eso que los mozos casi daban la fiesta por ella. (Va hacia la puerta derecha, deteniéndose en su umbral y hablando hacia el interior.) María Luisa... María Luisa... ¡Pero mujer, déjate de lecturas y baja un ratico!... ¡Están preguntando por ti!... ¿Eh?... Claro. ¡Como que se han aprendido los mozos unas coplas que quieren cantarte!... ¿Eh? ¡Ea', no seas boba, y...(Entra, saliendo en seguida, llevando de la mano a María Luisa, que intenta resistir.)

M. LUI. Pero chiquilla, no seas loca. Déjame estar... (Viendo a los reunidos.) ¡Ah! Buenas noches... (Todos se levantan, menos doña Elena y don Felipe.)

CURA Santas y buenas, nos las dé Dios, mi señora doña María...

TOMÁS La echábamos a usted de menos...

M. LUI. Estaba tan distraída leyendo, que se me ha pasado el rato sin sentir.

PILAR Más distraída estarás abajo, viéndonos bailar.

ELENA O bailando, si quiere.

TOMÁS ¡Oh! Estos bailes no son para doña María...

ELENA (Con intención) Ni tiene aquí la pareja.

M. LUI. (Mirándola con enfado.) ¿Qué pareja?

ELENA (Brusca.) ¿Qué pareja ha de ser? Tu marido.

PILAR Ja... ja... Tendría gracia ver a los dos bailando la jota... Anda, ven...

M. LUI. (Se sienta, alejada del grupo.) No, no; déjame. No tengo ganas de nada.

PILAR ¡Oh! ¡Qué rabia! Ninguno teneis ganas de nada.

FEL. ¿Eh? ¿Quién te ha dicho eso?

PILAR ¡Oh! Es verdad, ya no recordaba... (De encima de la cómoda, coge una bandeja, donde habrá lo pedido, poniéndola sobre el velador y haciendo mutis por la escalera.)

CURA De modo que mañana o pasado, tendremos a Eduardo entre nosotros.

FEL. Si Dios quiere.

CURA ¿Para muchos días?

FEL. No lo sabemos. Solamente decía en su carta que a últimos de semana vendría.

CURA (A María Luisa.) ¿Y ya regresan juntos a Madrid?

M. LUI. Desde luego.

TOMÁS Tendrá usted muchos deseos.

M. LUI. ¡Figúrese!

TOMÁS Claro. Aquí lo habrá usted pasado muy aburrida.

M. LUI. Muchísimo, muchísimo.

ELENA No tanto, mujer. No tan... muchísimo.

TOMÁS Es natural. Los que no están acostumbrados a esta vida, tienen que aburrirse. Igual le pasa a mi chico. Los primeros días de estar en el pueblo, todo va bien; pero en cuanto terminan las fiestas, ya está deseando marchar.

ELENA Pues este año, bien a su pesar, ha tenido que estarse más tiempo.

TOMÁS Y gracias a Dios que lo cuenta.

CURA No le habrán quedado ganas de volver a hacer locuras.

TOMÁS Bien cara la ha pagado.

FEL. La hemos pagado, la hemos pagado, querrá usted decir.

TOMÁS ¡Hombre! ¿Usted?

FEL. Yo. Pues si no hubiera sido por la desgracia de Julio, el Gobernador no hubiera dicho nada. Pero se enteraron, y ¡menuda multa me arrearon! ¡Y menos mal que no siguió adelante el llevar el asunto a los tribunales!

TOMÁS Pero ni a usted lo han procesado, ni usted ha pagado la multa.

FEL. Claro. ¡Como que la iba a pagar yo, siendo el Alcalde! Pá eso está el Ayuntamiento.

CURA Nada de eso ocurriría si hicieran ustedes caso de lo que se les ordena, y suprimieran ese espectáculo bárbaro de las capeas. Demuestra muy poca cultura el pueblo que...

FEL. (Interrumpiéndole.) Que no está usted en el púlpito, señor Cura.

CURA Esté donde esté, debo repetir lo mismo.

FEL. Y nosotros lo mismo también. Que ya no volveremos a dar otra corrida... hasta el año que viene, si Dios quiere.

CURA Pues mire usted las consecuencias.

FEL. Que no hubiera salido, pues el toro no había preguntau por él.

M. LUI. Pero quién había de pensar. Según decían hacía ya tres o cuatro años que no salía a torear.

TOMÁS Naturalmente. Desde que empezó la carrera.

CURA En fin, menos mal que no fué lo grave que pudiera haber sido.

TOMÁS Un milagro. Un verdadero milagro. Cuando me lo trajeron, creí que venía destrozado. Afortunadamente, el cuerno penetró poco, y más que nada, fué la paliza horrible que recibió, que me lo tuvo entre la vida y la muerte.

FEL. No tanto, hombre; no tanto.

TOMÁS No, ¿eh? Tres días sin volver en sí, con aquella fiebre de cuarenta grados y décimas; delirando como un loco... por cierto que mire usted por dónde nos enteramos que tiene en Guadalajara una novia que se llama como usted. (A María Luisa.)

M. LUI. (Conteniendo un movimiento nervioso y sonriendo con naturalidad.) Sí, es verdad. Ya me lo había dicho él.

TOMÁS — Pues nosotros no sabíamos una palabra. Y la debe querer mucho, pues era el único nombre que no cesaba de repetir... ¡María Luisa!... ¡María Luisa!... ¡Les digo a ustedes que pasamos unos días!...

M. LUI. — (*Desviando la conversación.*) Yo creí que se había marchado.

TOMÁS — No. Mañana, si Dios quiere, se va. No tardará en venir a despedirse de ustedes.

M. LUI. — (*Levantándose rápidamente.*) ¡Ah! ¿Va a venir? (*Ocultando su turbación.*) Sentiré no verle... me duele la cabeza y... voy a acostarme..

TOMÁS — ¡Oh! Pues él también lo sentirá...

FEL. — ¡Hace tantos días que no viene por aquí!...

ELENA — A la gran seca, la gran remojada.

TOMÁS — Ya saben ustedes la causa.

M. LUI. — Sí, cosas de jóvenes.

CURA — Pues, ¿qué ha sucedido?

ELENA — Nada, lo de la chica.

CURA — No estoy enterado de nada. ¿Qué es ello?

ELENA — Pues... nada. Julio, que todos sabemos lo tarambana y mujeriego que es, empezó a hacerle arrumacos a la Pilar. (*María Luisa se retira con disimulo hasta el balcón, conteniendo una sonrisa.*)

CURA — ¿Pero no sabía que era novia de Pedro?

FEL. — Bastante les importa eso a los jóvenes. Pá robar en el huerto, no hace falta pedir permiso al amo.

CURA — ¡Qué juventud, Dios mío! Siga, siga, doña Elena.

ELENA — Pues... nada. Que con su labia y sus lagoterías, iba engatusando a la tonta de mi sobrina, que poco a poco se iba creyendo que Julio la quería de veras. Que Pilar y Pedro, tuvieron un disgusto muy serio.

CURA — Pero afortunadamente no ha pasado de ahí.

ELENA — Pudo pasar. Pues Julio y Pedro tuvieron unas palabras, y gracias a que los separaron, si no...

CURA — ¡Canastos! ¡Y yo sin saber nada! No, no; eso sí que no me gusta. Yo les llamaré. .

TOMÁS — No, si ya no hace falta. Mi chico dejó de venir por aquí y se va mañana, de modo que...

CURA — ¡Qué demonio de chicos! (*Pilar aparece en la puerta de la escalera.*)

PILAR — (*Con brusquedad.*) Don Tomás, abajo está su hijo. (*María Luisa vuélvese rápidamente.*)

TOMÁS ¡Ah! Me extrañaba su tardanza.

M. LUI. ¡Oh! Dígale cuánto siento no poderme despedir, pero no puedo tenerme en pie...

PILAR (A María Luisa.) También por ti preguntan.

M. LUI. ¿Por mí? ¿Quién?

PILAR (Con desprecio.) Esa.

M. LUI. ¿Y quién es esa?

PILAR Quien ha de ser. La... Enriqueta. Ha venido con... su amigo Julio.

ENR. (Por la primera izquierda, saludando con desenvoltura.) ¿Se puede? Buenas noches. Vaya unas horas de venir, ¿eh? (A Pilar.) Perdona, hijita, no recordaba que hoy era tu santo, y aunque tarde, vengo a felicitarte.

PILAR (Con sequedad.) Muchas gracias.

ELENA Si se descuida viene al día siguiente. Ven, Pilar. (Se levanta demostrando su disgusto y hace mutis con Pilar, por la primera izquierda.)

ENR. ¡Oh! ¿Cómo tan trasnochador, señor Cura? (A María Luisa.) Y tú, ¿qué tal desde esta mañana?

CURA Efectivamente, esta noche me estoy saliendo de cazuela (Levantándose.) Vaya. Que mañana a las ocho tengo que decir la misa y...

FEL. Bueno, pero ya sabe usted lo que dice el dicho.

CURA ¿El qué?

FEL Con esto y un bizcocho hasta mañana a las ocho; de modo que... (Ofreciéndole la bandeja.)

CURA ¡Oh! No, gracias Ya no puedo mas.

FEL. ¿Usted?

TOMÁS Yo tampoco. (Levantándose.)

M. LUI. ¿Se van ustedes?

CURA Si; ya es hora. Que usted se alivie y hasta mañana, si Dios quiere. (A don Tomas.) ¿Se quedan?

TOMÁS No, yo le acompaño; a ver si viene mi chico.

FEL Entonces, vamos todos. (Hacen mutis todos, saludando antes a ellas.)

ENR. (Con despecho al ver salir a todos.) ¡Pues, hija! ¡Ni que trajera la peste conmigo! Nos han dejado solas.

M. LUI. No hagas caso. No vas a exigir cortesía ni educación a esta gentuza.

ENR. Poco he de sufrirlos ya. Estoy muy harta de este pueblo y te aseguro que es el último año que vengo. He vencido la resistencia de mi madre a salir de aquí y me la llevo.

M. Lui. Haces bien.

Enr. No sé cómo haces para resignarte a continuar aquí. ¡Ay! ¡Madrid de mi alma! Qué ganas tengo de encontrarme en él.

M. Lui. Yo tampoco aguanto ni un día más. Estoy dispuesta a todo. Mañana o pasado viene mi marido, y si no accede a llevarme de aquí, tiraré por la calle de en medio y me iré sola.

Enr. Bueno; a lo que estamos, antes de que suba alguien.

M. Lui. ¿Qué ocurre?

Enr. Ese quiere verte.

M. Lui. ¿Quién?

Enr. ¿Quién ha de ser? Julio. Por eso ha sido el venir, que no por el santo de esa niña.

M. Lui. Algo me supuse.

Enr. Ha estado en casa y me ha obligado a venir.

M. Lui. ¡Oh! ¡Qué pesadez! Ya le dije que diera todo por terminado. Demasiadas locuras hemos cometido, y ya que hemos escapado bien de todas, no lo vayamos a estropear a última hora.

Enr. Pues, hija, no hay medio de convencerle. Mañana se va del pueblo y no quiere hacerlo sin verte por última vez.

M. Lui. No, no; imposible,

Enr. Tú verás. Está cada vez más enamorado de ti.

M. Lui. Pues hay que hacerle desistir. Debe convencerse que todo lo que ha pasado ha sido un sueño. He sido débil con él y creo no será tan malvado y tan desagradecido que quiera comprometerme. Además que, aunque así fuera, no tiene pruebas.

Enr. ¡Mujer! No le juzgues tan mal. Para convencerte de lo contrario, quiere celebrar contigo una última entrevista. Ya ves que se resignó a estar ocho días sin verte; así es que yo creo que no debes negarte.

M. Lui. Pero tú misma comprendes que es imposible. A tu casa no podemos ir. Desde el otro día, que nos vieron salir, sospechan y me tienen como secuestrada, sin que pueda salir a la calle como no sea con alguien de esta familia. Además, si se va mañana...

Enr. Todo puede arreglarse si tú quieres,

M. Lui. ¿Cómo?

Enr. En tu misma casa.

M. Lui. ¿Aquí?

Enr. Sí. En el huerto. Cuando todos se hallen durmiendo, bajas, y en la puerta que da a la carretera..

M. Lui. ¡Oh! No, no. Podrían vernos.

Enr. ¡Hija! No es la primera vez.

M. Lui. (Indecisa,) No, no me atrevo...

Enr. Pues tú verás lo que haces. El dice que no se va sin verte. Está dispuesto a jugarse la carrera y la vida si es preciso, y lo hace. Está loco por ti y será capaz de cualquier disparate.

M. Lui. (Despechada.) Es un niño.

Enr. Por eso es más temible. Los hombres ya maduros son más discretos, pero estos chiquillos, más fogosos y vehementes, no reflexionan y...

M. Lui. ¡Qué compromiso!

Enr. Eso antes, antes. Ahora no tiene remedio. Créeme, María Luisa: Accede; después de todo, quizá sea la última vez que os veáis. Convéncele que olvide todo y que no conserve de vuestro amor más que el recuerdo confuso y agradable que todos tenemos de algún dulce ensueño...

M. Lui. De modo que...

Enr. A las dos estará en la puerta de la carretera.

M. Lui. ¡Chitst Parece que suben...

Enr. Será Julio, que subirá a despedirse oficialmente... (Ríe.) Ja... ja...

M. Lui. Calla, no seas loca. Disimula...

Enr. Tú eres la que debes hacerlo... Estás nerviosa ..

M. Lui. Estoy que por menos de nada lo echaba todo a rodar y...

(En la puerta aparecen JULIO y DOÑA ELENA. Esta avanza, demostrando su contrariedad, Julio, disimulando su emoción)

Elena Sí; aún está aquí.

M. Lui. (Muy serena.) ¡Oh! Creíamos que se iba usted sin despedirse.

Julio Pues creía usted mal. Me ha sido imposible venir durante el día, así es que, aunque la hora no es muy apropósito para hacer visitas, usted sabrá perdonarme y aceptará mis excusas.

(Doña Elena se sienta. Ellas demuestran lo embarazoso de su situación.)

M. LUI. Desde luego quedaba usted dispensado de ellas. Siéntese, Julio.

JULIO No; es muy tarde, y mi padre está abajo esperándome.

M. LUI. De modo que... ¿se va usted?

JULIO Sí, señora. Mañana, a estas horas, estaré en Guadalajara. (Ligera pausa.)

M. LUI. Y... ¿está usted totalmente restablecido?

JULIO Sí, señora. No queda de ello más que alguna cicatriz.

M. LUI. Así guardará usted recuerdo de su última locura. Porque supongo que será la última, (Con intención,) ¿no?

JULIO (Mirándola fijamente, dando mucha intención a la frase.) Sí; tiene usted razón. Guardaré siempre recuerdo de... de esta locura. (Ligera pausa.) ¿Y va usted a estar mucho tiempo en el pueblo?

M. LUI. ¡Oh! No es ese mi propósito. En cuanto venga mi esposo, nos marchamos; que ya tengo ganas.

ELENA No será porque te haya ido tan mal.

M. LUI. Ni sería el quedarme por haberme ido tan bien.

JULIO ¿Está usted pesarosa de haber venido?

M. LUI. No, pesarosa, no; pero... en fin... (Con intención.) todo pasa, ¿verdad?

JULIO (Idem.) Cierto. Pero... algo queda, ¿no? (Ligera pausa.)

M. LUI. Bien, bien.

JULIO Bueno, que es muy tarde y ustedes querrán descansar.

ELENA Ya hace rato.

(PILAR entra en escena.)

PILAR (A Julio en tono muy seco.) Dice su padre que si va usted a bajar o se va él.

JULIO Ahora mismo. (Tendiendo la mano a María Luisa y recalcando con intención la frase.) María Luisa... supongo que... no faltará usted... a las fiestas del año que viene.

M. LUI. ¡Oh! No sé, no sé. Lo veo muy difícil.

ENR. (Mirando a Julio fijamente.) No; no faltará. Me lo ha prometido.

JULIO Entonces me voy tranquilo. (Cambia de tono.) Ya procuraremos que no se aburra usted tanto. ¿Te quedas?

ENR. No. Me voy también. Así me acompañarás.

(PEDRO aparece en la puerta de la escalera, sin avanzar, receloso, mira y hace mutis.)

JULIO (A doña Elena.) Adiós, doña Elena. Que la encuentre a usted tan buena como la dejo.

ELENA Amén.

JULIO (Tendiendo la mano a Pilar.) Adiós, Pilar.

PILAR (En tono brusco, sin alargar la mano.) Vaya usted con Dios.

JULIO ¿No me da usted la mano?

PILAR ¿Para qué?

JULIO ¡Oh! Perdóneme si involuntariamente la he ocasionado algún disgusto. Nunca pude imaginar que mi amistad franca, leal para con usted, fuera motivo para proporcionarla el menor pesar. Si yo hubiera sabido que su novio...

PILAR (Interrumpiéndole con sequedad.) Su padre está esperando.

JULIO (Humillado, confuso por la actitud de Pilar.) Adiós, Pilar. (Mutis. María Luisa y Enriqueta cambian una mirada significativa.)

ENR. (A doña Elena.) Adiós, señora. Que usted descanse. Hasta mañana, María Luisa. Adiós, Pilar, y... no guardes tanto rencor a Julio. Podías suponer que porque se mostrara galante contigo, no era con otra intención que la de...

PILAR Ni yo he supuesto nada ni le he dado pie para...

ELENA (A Enriqueta.) Que se va a marchar ese y no va usted a tener quien le acompañe.

ENR Es verdad. Buenas noches.

(Hace mutis. María Luisa la acompaña hasta la puerta.)

ELENA (A Pilar.) Y tú baja y que se larguen todos, que ya es bastante.

PILAR Está bien, tía. (Mutis.)

M. LUI. Hasta mañana. (Entra en su cuarto.)

ELENA Si Dios quiere.

(Pausa. Doña Elena recoge algo por la cómoda o el velador. A poco, sale ROSA: yendo hacia el cuarto de María Luisa, dando unos golpecitos en la puerta.)

ROSA ¿Se puede, señorita? (Entra en el cuarto.)

ELENA ¡Qué chandras y qué gandúlas son! Hasta para desnudarse les hace falta ayuda. ¡Bendito sea Dios, qué!... (Hace mutis por la segunda izquierda.)

(ROSA vuelve a salir.)

ROSA (Hablando hacia el interior.) ¿Va a desnudarse sola la señorita?... Está bien... Que usté descanse, señorita. (Mutis por la primera izquierda;

por la que aparece DON FELIPE seguido de MARIANO, PEDRO y algunos MOZOS, que llevan guitarras y bandurrias colgando del brazo.)

FEL. Venga lo que sea, pero daros prisa que tengo sueño.

PEDRO Es que... estos querían pedirle una cosa. (A los mozos.) Ea, decírselo.

UN MOZO Que se lo diga el señor Mariano.

MAR. ¿Yo? Allá vosotros. Yo ya os he dicho que echabáis mal viaje.

UN MOZO (A Pedro.) Díselo tú.

PEDRO ¿Pero no hemos quedau en que se lo ibais a decir vosotros?

UN MOZO Qué más da.

FEL. ¿Sí? Pues mira. Marcharos a casa a poneros de acuerdo y mañana me decís lo que sea. Buenas noches. (Medio mutis.)

UN MOZO Señor Alcalde: Es que...

PEDRO Que... si nos daba usté permiso pa rondar esta noche.

FEL. ¿Y eso es todo? Pues mal viaje habéis echau.

MAR. Ya se les he dicho yo.

FEL. ¿Entonces pa qué suben?

MAR. Porque se lo querían decir a usté.

FEL. Pues ya lo habéis oído. A dormir todo el mundo.

UN MOZO Pero...

FEL. Sin pero.

OTRO MOZO El caso es que...

FEL. Que he dicho que no y no rondáis. ¿Aún os parece que habéis becerreau poco? A dormir, a dormir. Lleváis mucho vino en el cuerpo y no quiero que me hagáis lo del domingo pasau.

UN MOZO No tuvimos la culpa nosotros, señor Alcalde.

FEL. No, la tuve yo, que estaba durmiendo.

OTRO MOZO El chico del tío Cañizos, que creyó que le rondábamos la novia y...

FEL. Y le abrísteis la cabeza de un estacazo.

UN MOZO ¡Fué con la guitarra!

FEL. Pues gracias a eso, ¿verdad, piazo de avestruz?

MAR. Y al del tío Roque que cuasi le rompísteis el brazo, ¿con qué fué?

UN MOZO Que no hubieran empezau ellos.

FEL. Pues pa evitar que alguno empiece, termino yo por no dejaros.

OTRO MOZO Es que... si el señor Alcalde nos deja...

FEL. Sin huesos os voy a dejar como me lo volvais a decir otra vez. ¿Os creís que estoy pa tomame un berrinche cada vez que salgais a hacer el bestia?

UN MOZO No, señor.

FEL. Eso es; no, señor.

PEDRO Este quiere decir...

FEL. Tú no tienes que decir nada y yo ya he dicho bastante. Ea. (A los Mozos.) Vosotros, a dormir. (A Mariano.) Tú, a dar una vuelta por el pueblo y a dormir también.

UN MOZO Pero nosotros...

FEL. (Sin poderse contener, amenazador.) Vosotros elegir: Entre marcharos a casa o que os lleve éste a la cárcel con las costillas rotas, como me volvais a chistar.

ELENA (Que aparece en la puerta.) ¿Pero qué es eso?

FEL. Nada: Que me paice que no va haber bastante árnica en el pueblo pa estos.

ELENA ¡Pero, hombre!

FEL. ¿También tú? (Hace mutis por la segunda izquierda demostrando su enfado.)

ELENA No, yo no digo nada. (A los mozos.) Ya lo habéis oído. Hasta mañana, si Dios quiere, y cuidau con dar malos pasos. (Mutis por la segunda izquierda.)

(Los mozos se quedan mirando unos a otros sin saber qué partido tomar. Ligera pausa.)

PEDRO (A Mariano) Lo de los malos pasos lo habrá dicho por usté.

(Mariano le amenaza.)

MAR. Ea; ¿qué esperáis aquí?

UN MOZO ¿Y qué hacemos?

MAR. Ya lo habéis oído. A dormir.

UN MOZO ¿A dormir? Quiá. (Con testarudez baturra.) Yo he dicho que rondaba y rondo.

OTRO MOZO Y yo.

MAR. Pero, ¿no habéis oído lo que ha dicho el señor Alcalde?

UN MOZO Como si lo hubiera dicho el Nuncio.

OTRO MOZO Y apuesta.

PEDRO Cuando él dice que no...

UN MOZO Nosotros decimos que sí.

MAR. Vosotros veréis.

UN MOZO Ya está visto.

MAR. Y cuando se entere...

UN MOZO Ya habremos rondau.

MAR. Y si os mete en la cárcel...

UN MOZO Ya habremos rondau.

MAR. Y si...

UN MOZO ¡Rediez! Mañana hará lo que quiera, pero esta noche... rondamos. (Recalcando.)

OTRO MOZO Arrea pa alante.

UN MOZO (A Pedro.) Y tú, con nosotros.

PEDRO Claro está.

(DON FELIPE aparece en la puerta en mangas de camisa, demostrando su enfado.)

FEL. ¿Pero aún estáis aquí?

UN MOZO No, siñor Alcalde, que ahora nos vamos.

(Hacen mutis.)

(Don Felipe va a entrar en su cuarto, pero se fija en la bandeja que habrá quedado en el velador y se aproxima cogiendo una pasta, que comerá, sirviéndose una copa que bebe después de haber comido. Todo ello con mucha naturalidad para dar lugar a una ligera pausa, transcurrida la cual sale PILAR por la primera izquierda.)

PILAR Creí que no se iban en toda la noche.

FEL. ¿Has cerrau?

PILAR Sí, señor.

FEL. Pues hasta mañana, si Dios quiere.

PILAR Si Dios quiere, tío. Que usté descanse.

(Pilar hace mutis por la primera derecha. Don Felipe apaga la luz y entra en su cuarto. La escena queda iluminada únicamente por la luz de la luna que penetra por los cristales del balcón. Pausa. En la lejanía de la calle se oye el rasguear de las guitarras de los mozos que rondan, escuchándose confusamente una copla. La puerta del cuarto de María Luisa se abre lentamente apareciendo ella, y una vez fuera vuelve a cerrarla con precaución. Dirige a un lado y otro sus miradas, y cautelosamente avanza hacia la puerta de la escalera. Al llegar a ésta, siente en su cuerpo una sensación de frío, extremeciéndose ligeramente; mira en derredor, viendo sobre la silla el pañuelo de Pilar y rápidamente lo coge, colocándoselo sobre los hombros abrigando su cuello y garganta, haciendo mutis. En esta escena muda, la actriz ha de hacer comprender al público los diversos sentimientos de duda y temor que la dominan. En la calle se oye la voz del cantador que entona otra copla, alejándose la rondalla. En el interior del cuarto de don Felipe, se oye la irritada voz de éste, replicándole doña Elena. Abrese la puerta saliendo DON FELIPE a medio vestir, acompañado de DOÑA ELENA que intenta detenerle. Don Felipe da la luz, iluminándose la estancia.)

(Que no puede contener su furor.) Les rompo la cabeza. No les vale ni el Sunsum corda.

(Quiere impedir que salga.) ¡Pero, hombre de Dios! ¿Serás capaz de salir a estas horas?

(Cada vez más fuera de sí.) ¿Que si seré capaz? Aunque cogiera una pulmonía. ¡Como que se van a salir con la suya!

¿Pero no comprendes?...

o comprendo más que les he dicho que sta noche no rondaban y no rondan.

Todos los años han rondau el día del Pilar.

Todos los años los he dejau, pero este, no.

Pues habelos dejau.

Pues no me ha dau la gana.

ELENA Pero si no tiene remedio...

FEL. ¿Que no tiene remedio? Ahora lo veremos. (Va a salir, cogiendo antes el bastón blandiéndolo.)

ELENA (Quiere evitarlo.) Pues no sales.

FEL. (Fuera de sí, amenazador.) ¡Elena!... No te pongas delante, que... a tozudo no me gana nadie. (Aparta a doña Elena y vase.)

(En la puerta primera derecha aparece Pilar atemorizada por las voces que ha oído.)

PILAR ¿Pero qué es eso, tía, qué sucede?

ELENA Nada, hija, nada. Que me va a matar este hombre a disgustos.

PILAR Pero, ¿qué ha sido?

ELENA Pues que ha oído a los mozos que están de ronda, y como no los había dejau...

PILAR ¡Qué genio, Dios mío!

ELENA Va hecho una fiera, y los otros que llevan un trago de más...

(Pilar va hacia el balcón abriéndolo y asomándose a él a tiempo que se oyen lejanas las campanillas de un coche que se acerca hasta pararse en la puerta de la casa.)

PILAR (Hacia la calle.) Tío, tío... déjelos usté...

ELENA ¿Qué es eso, la tartana?

PILAR Sí, la tartana del correo es.

ELENA Qué tarde viene hoy.

PILAR ¡Eh! Se para aquí... (Mira con atención dando un grito de alegría. En la puerta se oyen voces.) ¡Ah! Eduardo... tía; es Eduardo...

ELENA (Con sorpresa y alegría.) ¡Eh! ¿Qué dices? (Muy rápido todo ello.)

PILAR (Se separa del balcón corriendo hacia la puerta por la que hace mutis.) Que es Eduardo, que viene.

ELENA ¡Eduardo! ¡Hijo mío! (Aturdida por la sorpresa va hacia la puerta de la escalera volviendo desde allí a

UN MOZO Ya habremos rondau.
MAR. Y si...
UN MOZO ¡Rediez! Mañana hará lo que quie... esta noche... rondamos. (Recalcando.)
OTRO MOZO Arrea pa alante.
UN MOZO (A Pedro.) Y tú, con nosotros.
PEDRO Claro está.

(DON FELIPE aparece en la puerta en ... misa, demostrando su enfado.)

FEL. ¿Pero aún estáis aquí?
UN MOZO No, siñor Alcalde, que ahora ...

(Hacen mutis.)

(Don Felipe va a entrar en su cuarto, pe... la bandeja que habrá quedado en el ... aproxima cogiendo una pasta, que comerá, sirviéndose una copa que bebe después de haber comido. Todo ello con mucha naturalidad para dar lugar a una ligera pausa, transcurrida la cual sale PILAR por la primera izquierda.)

PILAR Creí que no se iban en toda la noche.
FEL. ¿Has cerrau?
PILAR Sí, señor.
FEL. Pues hasta mañana, si Dios quiere.
PILAR Si Dios quiere, tío. Que usté descanse.

(Pilar hace mutis por la primera derecha. Don Felipe apaga la luz y entra en su cuarto. La escena queda iluminada únicamente por la luz de la luna que penetra por los cristales del balcón. Pausa. En la lejanía de la calle se oye el rasguear de las guitarras de los mozos que rondan, escuchándose confusamente una copla. La puerta del cuarto de María Luisa se abre lentamente apareciendo ella, y una vez fuera vuelve a cerrarla con precaución. Dirige a un lado y otro sus miradas, y cautelosamente avanza hacia la puerta de la escalera. Al llegar a ésta, siente en su cuerpo una sensación de frío, extremeciéndose ligeramente; mira en derredor, viendo sobre la silla el pañuelo de Pilar y rápidamente lo coge, colocándoselo sobre los hombros abrigando su cuello y garganta, haciendo mutis. En esta escena muda, la actriz ha de hacer comprender al público los diversos sentimientos de duda y temor que la dominan. En la calle se oye la voz del cantador que entona otra copla, alejándose la rondalla. En el interior del cuarto de don Felipe, se oye la irritada voz de éste, replicándole doña Elena. Abrese la puerta saliendo DON FELIPE a medio vestir, acompañado de DOÑA ELENA que intenta detenerle. Don Felipe da la luz, iluminándose la estancia.)

FEL. (Que no puede contener su furor.) Les rompo la cabeza. No les vale ni el Sunsum corda.

ELENA (Quiere impedir que salga.) ¡Pero, hombre de Dios! ¿Serás capaz de salir a estas horas?

FEL. (Cada vez más fuera de sí.) ¿Que si seré capaz? Aunque cogiera una pulmonía. ¡Como que se van a salir con la suya!

ELENA ¿Pero no comprendes?...

FEL. No comprendo más que les he dicho que esta noche no rondaban y no rondan.

ELENA Todos los años han rondau el día del Pilar.

FEL. Todos los años los he dejau, pero este, no.

ELENA Pues habelos dejau.

FEL. Pues no me ha dau la gana.

ELENA Pero si no tiene remedio...

FEL. ¿Que no tiene remedio? Ahora lo veremos. (Va a salir, cogiendo antes el bastón blandiéndolo.)

ELENA (Quiere evitarlo.) Pues no sales.

FEL. (Fuera de sí, amenazador.) ¡Elena!... No te pongas delante, que... a tozudo no me gana nadie. (Aparta a doña Elena y vase.)

(En la puerta primera derecha aparece Pilar atemorizada por las voces que ha oído.)

PILAR ¿Pero qué es eso, tía, qué sucede?

ELENA Nada, hija, nada. Que me va a matar este hombre a disgustos.

PILAR Pero, ¿qué ha sido?

ELENA Pues que ha oído a los mozos que están de ronda, y como no los había dejau...

PILAR ¡Qué genio, Dios mío!

ELENA Va hecho una fiera, y los otros que llevan un trago de más...

(Pilar va hacia el balcón abriéndolo y asomándose a él a tiempo que se oyen lejanas las campanillas de un coche que se acerca hasta pararse en la puerta de la casa.)

PILAR (Hacia la calle.) Tío, tío... déjelos usté...

ELENA ¿Qué es eso, la tartana?

PILAR Sí, la tartana del correo es.

ELENA Qué tarde viene hoy.

PILAR ¡Eh! Se para aquí... (Mira con atención dando un grito de alegría. En la puerta se oyen voces.) ¡Ah! Eduardo... tía; es Eduardo...

ELENA (Con sorpresa y alegría.) ¡Eh! ¿Qué dices? (Muy rápido todo ello.)

PILAR (Se separa del balcón corriendo hacia la puerta por la que hace mutis.) Que es Eduardo, que viene.

ELENA ¡Eduardo! ¡Hijo mío! (Aturdida por la sorpresa va hacia la puerta de la escalera volviendo desde allí a

la de María Luisa llamándola.) ¡Qué sorpresa! Chica; María Luisa... que está aquí Eduardo...

(Se oyen las campanillas del coche que se aleja. Por la escalera aparece EDUARDO abrazado a su padre, siguiéndoles PILAR con un maletín en la mano. Doña Elena lanza un grito de alegría precipitándose sobre él, abrazandole y besándole. La alegría que reina en este momento debe formar duro contraste con la dramática situación que sucede a la aparición de MARIA LUISA, aumentándose luego con la de PEDRO.)

ELENA ¡Hijo de mi vida!

EDUAR. ¡Madre! ¿Qué tal?

PILAR ¿Pero cómo ha sido esto? No te esperábamos hasta dentro de un par de días.

EDUAR. He podido adelantar el viaje y quise daros una sorpresa. ¿Y María Luisa?

FEL. Debe estar durmiendo.

ELENA Ya la he llamau.

PILAR Hacía un momentico que nos habíamos acostado.

(Eduardo va hacia el cuarto de María Luisa, llamando con los nudillos en la puerta, que se abre al empujar.)

EDUAR. María Luisa... María Luisa...

ELENA Sí que ha cogido bien el sueño.

EDUAR. (Entra en el cuarto.) Está abierto...

FEL. Mira. Hacerle algo de cenar, que traerá hambre.

ELENA Y llama a las chicas por si no se han despertau.

EDUAR. (Sale trémulo, anhelante.) ¿Y María Luisa?

(Todos muestran su extrañeza. Muy rápido.)

ELENA ¿Qué?

EDUAR. María Luisa, ¿dónde está?

FEL. ¡Otra! ¡Dónde ha de estar!

ELENA En su cuarto.

EDUAR. (Cada vez más descompuesto.) No, aquí no está.

ELENA ¿Qué? (Con estupor.)

FEL. ¿Que no está? (Idem.)

PILAR ¿Qué dices? (Idem.)

EDUAR. La cama está intacta... (Mirando enderredor, sospechando algo terrible.)

PILAR (Yendo hacia el cuarto.) No es posible.

ELENA (Idem.) La dejé yo acostándose.

(Cuando mayor es la estupefacción en ellos, aparece MARIA LUISA en la escalera. En su actitud demuestra lo difícil de su situación, su terror e inquietud. Todos, al verla, lanzan una exclamación de sorpresa. Eduardo se abalanza sobre ella.)

M. LUI. (Fingiendo gran extrañeza.) Pero... ¿qué es esto? ¡Eduardo!... ¡Tú!

EDUAR. (Cogiéndola de un brazo con furor.) Sí, yo. ¿De dónde vienes?

M. LUI. ¿Yo?... De... de... suelta. Me haces daño.

EDUAR. ¿De dónde vienes?

FEL. (Se interpone.) ¡Chits! Calma, hombre; que no sabemos... (A María Luisa.) ¿Dónde estabas que no has oído venir a Eduardo?

M. LUI. (Poco a poco ha ido serenándose, dominando la situación.) ¿Eh? ¿Dónde he de estar?

EDUAR. Contesta.

ELENA ¿No te quedaste en tu cuarto acostada?

M. LUI. Claro.

FEL. Entonces... ¿de dónde venías?

M. LUI. ¿Pero a qué viene todo esto? Me dolía la cabeza... ya se les dije. Salí a dar una vuelta por el huerto, a que me diera el aire. ¿Qué tiene esto de particular?

EDUAR. ¿Por el huerto?

M. LUI. Sí. Paseando me alejé hasta el otro extremo... cuando me pareció oir voces en casa y... (Con gran naturalidad a Eduardo.) Pero, ¿cómo no has avisado tu llegada? No te esperábamos... (Ante la explicación de María Luisa todos lanzan un suspiro de satisfacción, cuando se oyen pasos precipitados en la escalera apareciendo PEDRO pálido, descompuesto, con las ropas en desorden, llevando en la mano el pañuelo de Pilar. En su actitud demuestra el drama que fuera se ha desarrollado. Al verlo, todos muestran su estupor.)

FEL. (Rápido.) ¡Qué es eso!

PILAR (Idem.) ¡Pedro!

ELENA (Idem.) ¿Has reñido?

FEL. (Idem.) ¿Qué ha pasado, contesta?

PEDRO (Como enloquecido.) Lo que había de pasar.

ELENA ¡Pero qué dices!

PEDRO (Con furor contenido.) Que por una mala mujer he buscado mi perdición.

PILAR ¡Eh!

FEL. ¡Una mujer!

PEDRO (Desesperado.) Sí; una mala mujer que ha sabido burlarse de mí y de usté y de todos, pues que a todos nos ha estado engañando.

ELENA ¡Estás loco!

PILAR Pero quién...

PEDRO (Frenético, dispuesto a lanzarse sobre Pilar.) No, no disimules más, infame. Tú, tú eres la mala la perdida...

PILAR (Dando un grito terrible, seguido por la exclamación de todos.) ¡Eh! ¡Yo!

FEL. (Abalanzándose sobre Pedro le coge con violencia, zarandeándole con furor.) ¡Qué dices!

(Todos quieren separarlos.)

PEDRO (Amenazador.) ¡Señor Alcalde!...

FEL. ¡Habla, habla o no respondo de mí!

PEDRO Por respeto a usté... a sus canas...

FEL. (Con enérgico ademán separa a todos, quedándose con Pedro en el centro de la escena.) ¿Mis canas? No las mires. No veas en mí ni al amo ni al Alcalde. Soy un viejo, sí. Pero más hombre que tú y que voy a partirte el alma si no explicas lo que has dicho.

PEDRO (Trémulo por la cólera.) Sí, señor; me explicaré y luego...

FEL. Luego te mato a ti o a ella.

ELENA ¡Por Dios, Felipe!

EDUAR. ¡Padre!

FEL. Silencio. Habla.

PEDRO (Procurando serenarse.) Aunque usté no nos dió permiso pa rondar, me fuí con los mozos a dar una vuelta por el pueblo. Al pasar por la callejuela de la Virgen me pareció ver una sombra que pegada a la tapia de la carretera, andaba ocultándose, hasta que se paró en la puerta del huerto.

(María Luisa contiene un movimiento de terror, y presa de la mayor agitación, durante el relato de Pedro, va retrocediendo instintivamente, sin que sea notada por los demás su actitud.)

FEL. Sigue... sigue...

PEDRO Me llamó esto la atención; y sin que se fijaran mis compañeros, me separé de ellos, dirigiéndome hacía allí. Antes de que yo llegara abrieron la puerta del huerto y el hombre entró, pero tuve tiempo de verle y conocerle.

FEL. ¿Y quién era?

PEDRO Julio, el hijo de don Tomás.

FEL. ¡Eh! ¡En el huerto!

ELENA ¡Y como un ladrón!

PEDRO Como un ladrón; sí. Pero no de su hacienda. El ladrón salta las tapias, pero este no tuvo necesidad de hacerlo, pues que le abrieron la puerta.

ELENA ¿Quien?

PEDRO Pregúnteselo usted a... a esa. (Por Pilar.)

FEL. (Precipitándose sobre Pilar.) ¡Ah! ¡Tú!

ELENA (Interponiéndose.) Miente, miente. Pilar no se ha separado de mí.

PEDRO No; no miento. La he visto yo, y aquí está la prueba. (Arrojando el pañuelo.)

PILAR (Sin salir de su asombro.) ¡¡Mi pañuelo!!

FEL. Habla... termina de una vez.

PEDRO Al reconocer a Julio y ver que entraba traidoramente en su casa; al convencerme de lo que hace tanto tiempo sospechaba, creí volverme loco. A mi garganta subió una cosa que me ahogaba... empujé la puerta pero estaba cerrada por dentro... salté sobre la tapia y... los vi. Los vi entre los árboles que casi los ocultaban; los vi juntos, unidos por un abrazo... se besaban... no sé, no sé. Mi cabeza estallaba, mis manos, sin querer, buscaron el cuchillo, pero el odio, la vergüenza y la desesperación, cegaban mis ojos y paralizaban mi brazo. De pronto, por la calle Real, se oyeron las campanillas del coche; en la casa se oía ruído, ella dió un grito y echó a correr, perdiendo en la huída el pañuelo. (Durante esta narración, todos los personajes están pendientes de las frases de Pedro, sin fijarse en el terror de María Luisa. Sólo Pilar, que ha adivinado la verdad, avanza lentamente hacia ella mirándola fijamente, encogiéndose como el felino que se dispone a saltar sobre la presa. Como esta escena es de difícil acotación, el autor la confía al talento de los actores. Pedro prosigue cada vez más sombrío, más desesperado.) Entonces salté. Ella estaba ya lejos. Al ruido que hice, él volvióse hacia mí. Quiso huir y no pudo; quiso explicarse, y no le di tiempo. Yo estaba ciego, loco. Me agarré a su cuello... se defendió... luchamos... pero esta vez no eran los puños, eran los corazones los que reñían y el mío fué más fuerte porque llevaba más razón.

ELENA ¡Qué horror! (Muy rápido.)

EDUAR. ¿Qué has hecho? (Idem.)

FEL. ¡Pero!... (Idem.)

(Todos se vuelven hacia Pilar. Esta, que habrá llegado hasta María Luisa, la coge violentamente de un brazo, amenazadora, enloquecida, terrible.)

PILAR María Luisa, María Luisa... ¿Quién era la que estaba en el huerto? Contesta... contesta...

(María Luisa quiere hablar y no puede. La voz se ahoga en su garganta, que lanza un gemido, y medio desvanecida hace un supremo esfuerzo, desasiéndose de Pilar que la sujeta, precipitándose en el interior de su cuarto. En todos se muestra el estupor que la revelación de la verdad les produce. Rapidísimo hasta el final.)

EDUAR. (Lanza un grito terrible.) ¡Ah! ¡¡Ella!!

ELENA ¡María Luisa!

FEL. ¡Eh!

PEDRO ¡¡Era ella!!

EDUAR. (Abalanzándose con furor hacia la habitación de María Luisa.) ¡Miserable!

FEL. (Conteniéndole.) ¡¡Eduardo!!

(Eduardo forcejea con todos, que le sujetan. A lo lejos vuélvese a oir la ronda que se acerca.)

ELENA ¡¡Hijo mío!!

PILAR ¡¡Por Dios!!

FEL. (Con suprema energía y en un terrible esfuerzo sujeta a Eduardo, dominando la situación con la voz y el gesto.) Quieto... quieto y silencio. Los mozos pasan... que no se enteren. Que la deshonra quede aquí, entre nosotros. A ella... déjala. No vale la pena de que un hombre honrado se pierda por una mala mujer.

(Eduardo, agotado, vencido por el dolor y la desesperación, se arroja llorando en brazos de su padre. En la calle óyense, distintamente, las guitarras. Una voz canta la copla que se indica.)

EDUAR. ¡Padre! ¡Padre mío!

FEL. ¡Chits! Escucha... escucha, hijo mío. Lo dice la copla... Dios hace que la canten. (Repite recalcando la frase de la copla que cantan.)

La mujer que sale mala...
ni reñile, ni pegale,
que recoja su ropica
y se vaya con su madre.

Con su madre, y si no la tiene, con su vergüenza y con su pecado; pero que se vaya... que se vaya...

(El telón cae muy lento. Eduardo, abrazado a su padre, solloza. Doña Elena y Pilar, estrechándose, confunden sus lágrimas. Pedro, abatido, cae en una silla ocultando el rostro entre sus manos. La ronda continúa su marcha, tocando. Es la eterna humana ráfaga de alegría que pasa, indiferente, junto al dolor.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras del mismo autor

La cueva, sainete en un acto.

Fruto de la tierra, cuadro de costumbres aragonesas, en un acto.

Ley de honor, drama en tres actos.

La desconocida, juguete cómico en dos actos.

El suceso de anoche, sainete en un acto, música de los maestros Vela y Bru.

Lo dice la copla, comedia dramática en tres actos.

Precio: TRES pesetas